

SALVADOR RIZO, ARTISTA BOTANICO Y PROCER DE LA INDEPENDENCIA

LORENZO URIBE URIBE, S. I.

de la Academia Colombiana de Ciencias.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada terminó su larga vida de cerca de seis lustros entregando a la patria naciente tres mártires: *Francisco José de Caldas, Salvador Rizo y Jorge Tadeo Lozano*.

Rizo socialmente era de origen humilde. Por sus venas parece que corría alguna sangre africana. Fue excelente pintor botánico y con su superior, el sabio don José Celestino Mutis, el alma de la Expedición a la que sirvió por cerca de veintiséis años. Cuando ya su vida declinaba sentó plaza en los ejércitos libertadores, asistió a varios combates y murió por Colombia en el cadalso. A pesar de todo su vida y su obra han merecido poca atención de nuestros historiadores y su nombre ilustre sólo se ha mencionado acá y allá, por lo general escuetamente¹.

Aprovecho la bondadosa insistencia del Director de la Revista de la Academia de Ciencias para escribir unas breves notas sobre el meritísimo "Mayordomo" de la Expedición, utilizando documentos inéditos coleccionados por el historiador don Guillermo Hernández de Alba quien ha tenido la gentileza —que agradezco cordialmente— de ponerlos a mi disposición².

SALVADOR RIZO BLANCO debió nacer hacia 1760. Era su madre doña María Hipólita Blanco; no conocemos el nombre del padre. Es incierto el lugar de su cuna. Generalmente se ha supuesto que era de Mompós, en el actual Departamento de Bolívar; pero Florentino Vezga que parece estaba bien informado habla de Cartagena³. Al menos es indudable que creció y vivió en la Ciudad Heroica, de donde hizo venir a Fusagasugá en 1797, y más tarde a Santa Fé, a su madre y a una hermana que entró monja en el convento de Santa Inés de Bogotá con el nombre de María Rita de la Encarnación⁴.

Los escritos que se conservan de Rizo permiten adivinar en él una instrucción deficiente y una cultura literaria menos que mediana⁵. En Santa Fe, y probablemente en 1797, casó con Josefa Robledo de la que tuvo familia numerosa, aunque en concreto nada sabemos de sus hijos.

A principios de 1784 vino de Cartagena a Bogotá el Capitán ingeniero don Antonio de Latorre que se ocupaba en el trazado de caminos, y trajo consigo en el cargo de "Delineante" a Salvador Rizo⁶. Por entonces se encontraba en la Capital el sabio Mutis quien, apenas instalada en Mariquita la Expedición Botánica (julio de 1783) había regresado obedeciendo al Arzobispo Virrey que lo llamaba con apremio. Conoció a Rizo, adivinó las excelentes cualidades artísticas del costeño y suplicó al Ingeniero se lo cediera para pintor de su Flora. En abril de ese año, Pascua de Resurrección, pudo presentarse de nuevo en Mariquita llevando consigo al hombre que iba a ser su mejor colaborador hasta la muerte. Además de pintor encontró en él un empleado fiel, honrado, de conducta intachable. Y pudo escribir pronto a Eloy Valenzuela: "Rizo lo hace admirablemente y es un yunque para el trabajo, cuyo exemplo siguen los demás".

Posición clave para el buen éxito de la Expedición fue la que Mutis denominó "mayordomía": el manejo del dinero, que asqueaba al propio Director, la ordenación de los trabajos, la vigilancia inmediata de los empleados. Rizo había sido nombrado por el Arzobispo-Virrey "primer Pintor de la Expedición"; ahora Mutis lo elegía también como "Mayordomo" perpetuo de su instituto. Fue un trabajo delicado y complejo que años más tarde, en un memorial al Virrey Amar y Borbón, resumió el propio Mayordomo-Pintor con estas palabras: "La percepción de las rentas destinadas en su objeto al gobierno económico y los gastos ordinarios están

¹ Con alguna detención escribió sobre Rizo don Florentino Vezga en su *Historia de la Expedición Botánica* (1862). Suyos son varios datos de los consignados aquí.

² La colección sobre la Expedición, de Hernández de Alba, está depositada en el Instituto de Cultura Hispánica de Bogotá. A ella me referiré con la sigla: "Fondo G. H. de A."

³ El historiador don Segundo Germán de Ribón me informa que no es posible averiguar una posible partida de bautismo de Rizo en Mompós por haber desaparecido los libros parroquiales anteriores a 1782. Hace también referencia a un artículo del Dr. León Facio Lince, publicado en 1943 en el *Boletín Historial* del Centro de Historia de Santa Cruz de Mompox (hoy Academia de Mompós) en que afirma que Rizo era ciertamente de Mompós, se estableció muy joven en Bogotá y dejó en Mompós dos hermanos, Vicente que pasó después a San Sebastián de Buenavista (pueblo del Departamento de Magdalena, cercano a Mompós) y Claudio que se radicó en Ocaña. Datos un poco extraños cotejándolos con otros ciertos que se exponen en el texto.

⁴ La religiosa María Rita de la Encarnación (Rizo) declaró en 1817 que su hermano Salvador "pagaba en Cartagena la casa en que vivían ella y su madre y la alimentación de ambas, que desde que tuvo uso de razón no conoció otro benefactor". (Fondo G. H. de A.).

⁵ Cambiaba la *r* por *l* o por *d* y la *l* por *r*: albolitos, velbalmente; martratar, última (última); medidiana (meridiana).

⁶ Dato de don Guillermo Hernández de Alba.

a mi cuidado: encargos, viajes, excursiones botánicas, todo pasa por mis manos. (Además) he trabajado en el dibujo y colorido de las láminas de esta Flora que se me han encomendado, y dando la perfección posible a las que se ponen al cuidado de los demás oficiales que vinieron de Quito; comunicando los principios que poseo a los jóvenes que se me han confiado, habiendo a este fin establecido una escuela”.

En la iconografía mutisiana se conservan 140 láminas firmadas por Rizo. Muchas más tuvieron que ser las trabajadas por él, dado el largo tiempo que permaneció en la Expedición y el hecho de que sólo por excepción firmaban sus obras los pintores. Y hay que reconocer que fue un buen pintor botánico, excelente en muchos de sus iconos. Interpretaba con naturalidad el modelo; era fiel en los detalles científicos; seguro y firme en el dibujo. No le sedujo la tendencia de muchos de sus compañeros de estilizar las plantas dándoles cierto tinte heráldico. Habrá algunos que prefieran el opulento modelado de los quiteños; el botánico se quedará con Rizo.

Fue también retratista de no escaso mérito. Suyo puede ser el retrato de Mutis que se conserva en el Observatorio Astronómico de Bogotá. Con seguridad lo es el de Antonio José Cavanilles que existe en el Museo Nacional de Historia: representa al botánico español, en traje de clérigo a la francesa, teniendo delante de sí la planta que había nombrado en honor de Rizo y completando su descripción. Sobre la identidad de ese retrato, por mucho tiempo atribuido a Eloy Valenzuela, es concluyente la frase que escribió Sinforoso Mutis a Cavanilles el 9 de octubre de 1802: “Rizo saluda a Vmd. Por el retrato que Vmd. le remitió ha hecho uno de medio cuerpo en grande”⁷.

En la historia de nuestra cultura artística hay que mencionar con honor la escuela de pintura de la Expedición Botánica, dirigida por Rizo, la primera quizás que existió en Colombia, precursora de nuestras escuelas de Bellas Artes. Comenzó en Mariquita donde poco prosperó. Más tarde en Santa Fe tuvo notable desarrollo, llegó a tener 32 alumnos simultáneos y dio a la Expedición algunos de sus mejores pintores de los últimos años.

Algo rígido debió ser Rizo en el gobierno de sus compañeros. Recientemente forjado para el cumplimiento del deber no transigía con el trabajo a medias. Si él cumplía sin glosa “las órdenes y disposiciones de Mutis”, no había camino distinto para los demás. Ello le trajo malquerencias en el seno de la Expedición. Para animarlo le escribió Bonpland una carta desde Ibagué, a 29 de septiembre de 1801, que al mismo tiempo era muy honrosa para el Mayordomo: “Siga Vd. de cuidar lo de todos sus esfuerzos sin reparar en lo que se dice en el público; así también que se lo he dicho muchas veces se lo repito oy y lo repetiré siempre, todos los hombres de bien que saben cumplir con sus obligaciones con tanta puntualidad tienen siempre enemigos; pero, qué les son estos enemigos? Son todos poco apreciables en la sociedad y se hacen más daño a ellos mismos que a Vd. El señor Barón (Humboldt) como yo lo conocíamos antes de llegar a Santa Fe y aunque teníamos de Vd. muy buena opinión por lo que se nos había dicho, el trato que hemos tenido con Vd. nos ha confirmado en la buena opinión y la ha aumentado”⁸.

José Celestino Mutis murió el 11 de septiembre de 1808, a las 3 de la mañana. Estaban a su lado Rizo, Caldas y el sobrino Sinforoso Mutis. Cuando clareaba, a las 6 de la mañana, se presentó el Secretario del Virreinato, don José Ramón Leiva, encargado por el Virrey Amar y Borbón de todo lo relativo a la Expedición. Rizo que aún permanecía junto al lecho mortuorio le hizo entrega de todas las llaves del establecimiento. Acto que debiera haberlo inmunizado contra toda sospecha posterior!

No hizo Mutis personalmente el testamento. Depositó su confianza en Salvador Rizo, celoso guardián de sus bienes y escrupuloso cumplidor de sus deseos. El 1º de julio de 1808 le dio poder judicial para testar en su nombre. Dicho poder y el testamento dictado por Rizo el 17 de noviembre siguiente se conserva en la Notaría 3ª de Bogotá, Protocolo de Instrumentos Públicos de 1808, folios 319 y sigs. Ese acto de ilimitada confianza por parte de su amadísimo jefe fue para Rizo la mejor recompensa de sus largos años de servicio. Pero fue también el comienzo de acusaciones, malquerencias, sospechas y persecuciones declaradas que ensombrecieron el resto de sus días y pesaron como losa sobre su mismo patíbulo. Contra él estuvieron desde entonces la familia de Mutis, explícitamente resentida por la decisión de don José Celestino que había entregado a manos extrañas el acto testamentario, y sus propios compañeros de largos años.

Con la muerte de Mutis empezó a decaer la Expedición. Faltó dirección competente, faltó coordinación de labores. Y sobraron necias emulaciones y desconfianzas mutuas. Sin embargo, Rizo logró conservar por algún tiempo las riendas y pudo dar un informe bastante satisfactorio el 30 de julio de 1809: “desde la muerte del Director hasta ahora se han concluido 231 láminas en colores y en delineaciones negras que imitan el grabado, y se componen las láminas de cada planta de tres, una de colores y dos en negro”.

Los sucesos en Santa Fe del 20 de julio de 1810 y el ambiente revuelto de los meses siguientes impidieron la prosecución de las labores en la Casa de la Botánica. En 18 de diciembre de ese año Rizo envió un Memo-

⁷ No tuvo suerte Rizo con la planta que le dedicó Cavanilles y que tanto le satisfizo. La *Rizoia ovalifolia* de Cavanilles había sido antes conocida y descrita por Ruiz y Pavón con el nombre de *Gardoquia multiflora* (1798). Hoy se la conoce en la ciencia como *Satureia multiflora* (R. & P.) Briq.

⁸ Inst. Cult. Hispánica, Bogotá (fondo G. H. de A.).

rial a la Junta Suprema de Gobierno explicando lo que, a su juicio, debería hacerse con las colecciones, herbarios y láminas que continuaban bajo su vigilancia: guardarlos bien por la dificultad de los tiempos y suspender oficialmente labores. Veía la posibilidad —que fue más tarde realidad— de que esa obra hecha por americanos sobre la naturaleza de América le pudiera ser arrebatada a la Nueva Granada. Su alma de patriota le dictó estas palabras luminosas: a pesar de todo “esta obra no corresponde a otro suelo que al nuestro, lo mismo es hoy que mañana”.

Y llegó para él la separación final. Necesaria pero dolorosa. El ambiente le era definitivamente hostil. Pidió su separación de la Expedición a la Junta de Gobierno: “He continuado hasta ahora en este destino con gran repugnancia mía, porque yo no puedo mirar con indiferencia el desorden que ha recibido la Expedición desde la muerte de su Director hasta esta fecha... (Además) han tratado de apocar mis servicios los mismos empleados; pero yo tengo la satisfacción de que yo he sido para todos y nadie para mí”. Desilusionado se alejó de su hogar espiritual, que había esperado lo fuera hasta su muerte... Era el año de 1812 y él ya había cumplido los cincuenta de su edad.

Acerca de la actitud de Salvador Rizo en los comienzos de la Independencia nada sabemos. Por lo demás su puesto oficial en la Expedición lo sustraía a los acontecimientos políticos. Pero la situación había cambiado y ya ningún compromiso lo ligaba. Después de veintiséis años de trabajo sólo poseía una familia numerosa, su pobreza y su patria. Podía dedicarle a ella el resto de su vida.

Un suceso imprevisto decidió su porvenir. El Presidente del Estado de Cundinamarca don Antonio Nariño engañado por los émulos de Rizo ordenó que su casa fuera escalada y allanada, con el pretexto de buscar los manuscritos de Mutis que le achacaban haberse robado. Nada se encontró. Rizo desilusionado y convencido de que su presencia en la Capital perjudicaba a la tranquilidad de su familia decidió abandonarla. Marchó a las provincias del norte en busca de sosiego y con el ánimo de tomar parte activa en la defensa del nuevo orden.

En 1813 el Presidente y el Congreso de las Provincias Unidas reunieron tropas y recursos que pusieron a órdenes de Bolívar para la defensa de Venezuela. Salvador Rizo sentó plaza en el ejército libertador. Fue nombrado Proveedor General del Ejército, bajo la comandancia del entonces Capitán Joaquín Ricaurte. Combatió con valor en varias acciones. El desastre de La Puerta (junio de 1813) obligó la retirada del ejército patriota y paralizó temporalmente la guerra. Según Florentino Vezga fue comisionado Rizo para llevar un pliego dirigido al Congreso reunido en Tunja, solicitando auxilios para continuar la campaña. A esa ciudad llegó en septiembre de 1814. Durante el viaje reanimó el patriotismo de las poblaciones que encontraba y con elocuencia sencilla y convincente levantó la decaída moral de los pueblos.

Cumplida su comisión esperó en Tunja y en diciembre de 1814 entró a Bogotá acompañando a Bolívar. Venía a visitar a su familia y recobrar las fuerzas quebrantadas por la penosa campaña. Pero seguía acechándolo la adversidad. Intempestivamente se presentó el escribano de la ciudad para notificarle el pleito que habían urdido contra él, en su ausencia, los empleados de la Expedición referente a la testamentaría de Mutis y los haberes de la Casa de la Botánica. Rizo se opuso a comparecer en juicio civil, acogiendo a la excepción legal de ser Capitán activo de la Unión Granadina y no tener permiso para ello ya que sólo gozaba de una corta licencia temporal. Accedió, con el fin de evitar nuevas molestias y poder regresar a Venezuela, a dar una simple declaración jurada sobre varios puntos de la testamentaría.

Pero no dormían sus enemigos. Días después recibió la orden de permanecer en Santa Fe. Reclamó contra una providencia que frustraba su comisión militar y la respuesta fue una orden de captura y su reclusión en un cuartel con centinela de vista y privado de toda comunicación. Lo habían acusado de robo de manuscritos y de dinero de propiedad particular de Mutis. No pudo salir más de Santa Fe y ahí lo atraparon los esbirros de Morillo.

Cuando meses más tarde llegó el Brigadier don José Ramón Leiva le escribió Rizo una larga carta en la que narraba los hechos sucedidos desde el fallecimiento de Mutis. Le recordaba que el mismo Leiva había recibido las llaves de la Expedición tres horas después de fallecido el Director cuando aún todo estaba en su puesto. Suplicaba al Brigadier mirara por su honor de patriota, lo protegiera contra sus injustos enemigos y le permitiera regresar a los campos de batalla para morir por la patria. “Han aguardado —escribía— a que medien seis años de tiempo para desacreditar el honor de un patriota que no desiste en la defensa de América prefiriendo ésta a su propia vida. Ya no hago caso de veintiséis años de servicios ni de la renta que gozaba... ¿Por qué me persiguen?”.

Lo que siguió fue corto. Como muchos otros patriotas, confiando en el indulto de Latorre, permaneció en la ciudad. La llegada de Pablo Morillo fue fatal. Rizo fue apresado en la noche del 22 de mayo de 1816 mientras dormía tranquilamente en su casa. Le dieron por cárcel el Colegio del Rosario lo mismo que a Caldas. En cinco meses de prisión no tuvo siquiera el consuelo de saber que sus antiguos compañeros de la Expedición deponían su malquerencia y acompañaban su sacrificio con la simpatía que él tanto anhelaba. La víspera de su muerte, el 11 de octubre de 1816 rindió esta conmovedora Declaración:

“Que no tiene caudal alguno porque aunque se le ha tenido en el concepto de hombre de caudal no lo ha sido: qe. su mujer lo ha mantenido de su trabajo, qe. en poder de ellas está un estante pa. papeles, unas mesas las que ella dixere, lo mismo que unos quadros qe. el uno de ellos vale cien pesos: qe. en su poder no tiene más que real y medio o dos rs. y unas evillitas de plata qe. en dinero y demás que se le pregunta nada tiene. Que esta es la verdad y firma con el Ofi. de la Guardia por ante mí. En este estado añadió qe. quanto ha adquirido con sus trabajos y destinos lo ha invertido en mantener a su madre y una hermana. Que a nadie debe a excepción de su esposa por la razón expuesta.

José Braulio Molinos — Salvador Rizo — Félix José Lotero.

Certifico: qe. en este estado me entregó Salvor. Rizo las evillas de qe. se hace mérito en su declaración, suspicándome las diese a un su hijo en el caso de qe. como esperaba lo tuviese así a bien el competente tribunal: las quales exhibió en esta dilig. al Secreto. de la Rl. Junta de Secuestros para la resolución conveniente. — Latorre.

El 12 de octubre en vista del corto monto de las evillitas se resolvió cumplir con la voluntad de Rizo”⁹.

Salvador Rizo fue fusilado el 12 de octubre de 1816 en la plazuela de San Francisco. Su cadáver está enterrado en la contigua iglesia de la Veracruz. Nunca ha sido identificado.

Es innecesario adjetivar el parte del fusilamiento que dio el general Pablo Morillo. En su “Relación de los principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reino de Granada, que después de formados sus procesos y vistos detenidamente en el Consejo de Guerra permanente, han sufrido por sus delitos la pena capital en la forma que se expresa” se puede leer (segunda Relación)¹⁰:

“En 12 de octubre:

SALVADOR RIZO: Fue proveedor del Ejército rebelde de Ricaurte; vino á esta Capital con Bolívar sirviendo de Capitán, y se distinguió en ella por sus maldades y perversa opinión, persiguiendo a todos los del partido del Rey. Se batió varias veces contra las tropas de S. M.

(al margen) Fue pasado por las armas por la espalda y confiscados sus bienes”.

Los bienes de Rizo fueron confiscados. Su valor apenas llegaba a 929 pesos, incluídas las pocas joyas de su mujer que “fueron avaluadas por el maestro oribe y platero Luis Zapata”. Y como si todo fuera poco al año siguiente, 1817, la “justicia” de Morillo caía aún sobre la esposa de Rizo, Josefa Robledo y sobre su suegra Juana Ignacia Robledo, anciana de 83 años, a quienes se siguió un proceso por “infidencia” y se las redujo a prisión. Por fortuna sus reclamaciones lograron una pronta libertad.

Creo que no se conservan retratos de Rizo. Los suple bastante bien la corta descripción que de él hizo Florentino Vezga: “era alto, sanguíneo, de color moreno, cabello negro y encrespado, ojos pequeños, negros y muy vivos”.

Al pasar por la plazuela de San Francisco en Bogotá he leído muchas veces en los muros de la iglesia de la Veracruz la lápida de mármol que conserva los nombres de los Próceres que allí dieron su sangre por la patria naciente. Casi todos apellidos ilustres. Entre ellos Salvador Rizo, hijo del pueblo humilde, artesano en la antigua y noble significación de la palabra, nombre desconocido para la gran mayoría de las gentes que por curiosidad se detienen.

Para quienes conocemos la obra de la Expedición Botánica y estamos convencidos de que ella ha sido la mejor realización cultural de nuestra patria, SALVADOR RIZO BLANCO es una de las más altas cifras humanas de la historia de Colombia, no sólo por ser Mártir de la Independencia sino también porque, como justicieramente escribió Gabriel Giraldo Jaramillo, “ese milagro artístico que constituye la Flora de Bogotá se debe en gran parte a su buen gusto, al entusiasmo con que emprendió su obra y a las fecundas enseñanzas que de él recibieron los pintores de la Expedición”.

⁹ Inst. Cult. Hispánica, Bogotá (fondo G. H. de A.).

¹⁰ Según la transcripción de J. D. Monsalve en su obra *Antonio de Villavicencio*.

ELOY VALENZUELA

LUIS MARTINEZ DELGADO

Presidente de la Academia de la Historia.

En la parroquia de la tranquila y bella población de Girón se halla, en el libro respectivo, la siguiente partida:

“En la ciudad de San Juan de Girón el 6 de agosto de 1765, yo el Dr. Don José Velásquez y Subillaga, Cura Teniente, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a un niño que tuvo por nombre Juan Eloy, de edad de un mes, hijo legítimo de Dn. Pablo Valenzuela y Doña Nicolasa Mantilla; fueron padrinos Dn. Carlos Mantilla y Doña Francisca Javiera Calderón, de que doy fe. Don José Velásquez y Subillaga”. Juan Eloy había nacido el 25 de julio del año citado.

Ascendiente de Juan Eloy fue don Joseph de Valenzuela y Morales, español nacido en Andalucía que en el año de 1706 vino al Nuevo Reino de Granada. Don Pablo Antonio Valenzuela y su esposa doña Nicolasa Mantilla eran personas de categoría y debieron ufanarse de la constancia escrita en la misma partida de defunción de don Pablo Antonio, que dice que éste “Jamás fue demandado. Jamás se le murmuró de mujeres y nunca altercó con la propia. En su familia se ignoran los juramentos, maldiciones y abcnidades; siempre se observan las fiestas y ayunos de la iglesia, y la supo adoctrinar con mansedumbre y paciencia”.

Esta constancia demuestra el ambiente en que nació y pasó su niñez y adolescencia Eloy Valenzuela. Quien conozca Girón con sus calles y su pequeño puente, su plaza y su iglesia y haya oído el tañido de sus campanas que llega al valle y parece viajar con las aguas del río que movió la codicia de los buscadores de oro, podrá imaginar cómo transcurrieron los primeros años de quien ocuparía lugar destacado en los trabajos de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. Rigidez en la formación del carácter, tiempo holgado para el estudio y largas horas perdidas por el sol tropical que hace germinar las plantaciones del famoso tabaco de Girón.

Una circunstancia imprevista interrumpió la monotonía de la vida hogareña. Don Manuel Mutis y Bosio, hermano del sabio gaditano, contrajo matrimonio en Bucaramanga con doña Ignacia Consuegra, y la familia Valenzuela concurrió a la boda. Juan Eloy contaba pocos años, trece o catorce, pero tenía sin duda criterio formado y su espíritu estaba confuso, inquieto, tratando de hallar orientación en la vida.

Visitaba entonces don José Celestino Mutis, en atento estudio, las minas de oro de Baja y Vetas, en Santander, y esta circunstancia le permitió asistir al matrimonio de su hermano Manuel y conocer a Juan Eloy, descubriendo en él, anota el historiador Mario Acevedo Díaz, “desde el primer momento una inteligencia capaz de llegar a brillar en el panorama intelectual de la Nueva Granada; pocos días después se encaminaba a la doctoral Santafe en compañía de quien desde entonces y para el resto de su vida habría de ser su maestro y paradigma: José Celestino Mutis”.

En Santafe sigue Valenzuela sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con consagración y provecho hasta conseguir por oposición las cátedras de matemáticas, filosofía e historia natural. Posiblemente la influencia de Mutis, sin descartar su vocación religiosa que tenía por base no solo la predilección divina sino el convencimiento adquirido en el estudio, lo decidió a seguir la carrera eclesiástica. Fue secretario del Señor Caballero y Góngora y sin descuidar los deberes de su cargo tomó a pechos la práctica severa y ordenada de los preceptos evangélicos en su carácter de ministro de Dios.

En el valeroso informe acusatorio de Antonio de Villavicencio, fechado en Cartagena de Indias el 24 de mayo de 1810, dice el Comisionado Regio al recomendar las más prestantes figuras del Nuevo Reino que merecían ocupar puestos en el gobierno:

“Entre los eclesiásticos debo recomendar desde luego a V. E. el mérito sobresaliente de tres: el primero es don Eloy Valenzuela, cura de Bucaramanga, en el gobierno de Pamplona, verdadero Pastor de su rebaño, que con esta enseñanza, celo y caridad pródiga, ha hecho felices a sus ovejas instruyéndolas en las artes y principalmente en el trabajo de los campos. Los créditos de su literatura no están ceñidos a las ciencias eclesiásticas; posee y cultiva las naturales y es el primer discípulo del sabio Mutis en la Botánica. Tiene también muchos conocimientos económicos, y tanto por la reunión de éstos cuanto por las virtudes que ejerce, mereció que los Cabildos de Mariquita y el de Antioquia lo propusieran por Diputado del Reino, y éste último lo ha pedido por su primer Obispo, así en sus instrucciones dirigidas al Diputado del Reino, Mariscal de Campo don Antonio de Narváez y la Torre, como en representaciones directas a S. M. hace muchos años que debía haber obtenido la mitra que merece”. Los otros eclesiásticos recomendados por Villavicencio fueron don Marcelino Pérez de Arroyo, Canónigo Dignidad de la Catedral de Popayán, y el benemérito cura de Mompós, don Benito Rebollo.

Dice Acevedo Díaz que Valenzuela “por cuarenta y ocho años, casi medio siglo, de 1786 hasta su muerte en 1834, con solo una interrupción de tres años en los tiempos de la Patria Boba, estuvo consagrado al ejercicio de su misión en el curato de Bucaramanga”.

Su misión sacerdotal no le impidió continuar consagrado al estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales. Sacaba tiempo para cultivar un pequeño jardín botánico y para adoctrinar a las gentes. Escribió, además, libros de carácter científico, desgraciadamente perdidos y mantuvo interesante correspondencia y amistad con personalidades de la época, inclusive con el Libertador quien lo llamaba “el buen cura de Bucaramanga”.

De la amistad de Bolívar con el padre Valenzuela sabemos que cuando el primero llegó a Bucaramanga, en 1828, se alojó en la casa del segundo. Cuando el Libertador cambió de residencia no dejó de frecuentar la casa de Valenzuela, como lo anota en su discutido “Diario” Peru de La Croix.

Parece ser evidente que fue Bolívar quien cambió las ideas realistas del padre Valenzuela. Según crónicas escritas y repetidas, el padre Valenzuela militaba entre los partidarios de la causa de España en la época de la Convención de Ocaña. Admirador luego de Bolívar y de la independencia escribió el “Almanaque del Libertador Simón Bolívar”, desgraciadamente perdido, que improbó el héroe mortificando con ello al ilustrado y buen sacerdote. La obra “Plana estadística del curato de Bucaramanga”, con datos estadísticos y demográficos importantes, corrió la misma suerte. Perdido el trabajo no es posible emitir juicio acerca de él, pero es de presumirse su valor intrínseco por poderosas y fundadas razones.

Sin lugar a ninguna duda la obra fundamental en el campo de la ciencia de Eloy Valenzuela está en su colaboración en los trabajos de la nunca bien ponderada Expedición Botánica que tuvo influencia decisiva en el movimiento de emancipación de España porque formó los varones ilustres que la hicieron posible.

Fue Caballero y Góngora el organizador de la Expedición siguiendo instrucciones de la Corte. Se dio cuenta el Arzobispo-Virrey de la importancia de impulsar el estudio de las ciencias físicas y naturales y de que España acometiera el noble empeño no dejando el campo libre a “extranjeros que viniesen a señalar los tesoros de la naturaleza que no conocemos”.

“Para el empleo de Director elegí —dice el Arzobispo— al presbítero don José Celestino Mutis, sujeto que había recorrido por más de veinte años gran parte del Reino, recogiendo las producciones de la naturaleza y conocido por su correspondencia literaria con los sabios de Europa; y conociendo yo que importaba aprovechar los instantes, le mandé desde luego emprender sus excursiones y trabajo, dando de todo cuenta al Rey, que se dignó aprobar esta providencia, honrando a Mutis con los títulos de Botánico y Astrónomo de Su Majestad”.

Eloy Valenzuela ocupó el segundo puesto en la Expedición. Valenzuela, dicen Henao y Arrubla, dotado de sólidos conocimientos en la ciencia, rígido en el cumplimiento del deber y de vigorosa constitución física para soportar las fatigas que imponía la recolección de las plantas, era el llamado a acompañar al sabio sacerdote español en la magna labor que le encomendó la Corona.

Entre el maestro y el discípulo existieron los más cordiales vínculos creados y sostenidos por la comunidad de sentimientos y aspiraciones; y así Mutis decía con razón en una de sus cartas dirigidas a Valenzuela: “Descansa mi corazón cuando hablo con usted, y quisiera no soltar la pluma de la mano cuando le escribo”. Y prueba elocuente de la alta competencia del presbítero, hijo de Girón, se encuentra en estos conceptos de la correspondencia epistolar del maestro: “Cada carta de usted es para mí tan apreciable como lo eran las mías para el gran Linneo, quien, si hoy viviera, celebraría no menos la sabia correspondencia de usted”.

No hemos de ocuparnos en hacer comentarios que nos parecen innecesarios sobre los trabajos de la Expedición y sobre la colaboración científica del Padre Valenzuela en los árduos trabajos de la misma durante varios años. Plumas doctas en la materia han escrito lo necesario sobre el particular.

Retirado Valenzuela de la Expedición y reemplazado por Francisco Antonio Zea, volvió a su curato de Bucaramanga. Los años habían pasado y los trabajos físicos y el estudio constante habían minado la fuerte textura del hombre de ciencia.

Y llegó la trágica noche del 31 de octubre de 1834. El padre Valenzuela había llegado a los 78 años de vida fructífera e intensa. Recogido en su casa, en Bucaramanga, que por fortuna se conserva, a eso de la media noche, relata Acevedo Díaz, “dos sombras embozadas que han salido de una casa situada en la acera oriental de la plaza, cruzan el marco de ésta, llegan hasta el solar de la casa cural (el amoroso jardín botánico del padre), saltan sobre los bajos tapias y penetran al interior de las habitaciones en busca del tesoro que, según malos decires, ocultaba allí el sacerdote. Se dan a la tarea de rebuscar afanosamente por todos los escaparates y rincones, mas de pronto descubren que el anciano los vigila desde la hamaca donde dormía. Sorprendidos *in fraganti* se van hacia él arma blanca en mano a indagarle si los ha conocido. No había de conocerlos si eran

Higinio y José Ignacio Bretón, jóvenes de buena familia, sus feligreses y vecinos, a quienes él había aplicado las aguas bautismales y uno de los cuales era su ahijado? El buen sacerdote podía negar que los conocía para salvar su vida, pero él nunca supo mentir. "Sí los conozco, pero los perdono". Las últimas palabras se ahogaron en su garganta cuando, la hoja del puñal homicida ya había abierto amplia brecha en su costado. Los asesinos huyen espantados de su propia obra criminal, llevando consigo el escaso botín que habían logrado. Un niño que acompañaba al anciano da la voz de alarma que corre por las calles del poblado, despertando sobresaltadas a las gentes. El vecindario se agolpa alrededor del lecho, mezcla de indignación y de terror. Todos solicitan al anciano que diga quiénes lo hirieron, pero él se niega rotundamente a dar sus nombres. Hasta uno de los asesinos con sin par cinismo (el clásico retorno del criminal al lugar del crimen) se aproxima al lecho del moribundo a pedirle el nombre del heridor. El santo varón responde inmutable: "No me perturben. Yo los perdono". Y así, mientras en la iglesia contigua al lecho de muerte su hermano, sacerdote también, oficiaba éste la misa de difuntos, Eloy Valenzuela, sereno y noble como vivió su vida, entregó su alma a Dios aquella lúgubre madrugada.

"Días más tarde, luego de una pesquisa sin descanso en que intervino todo el vecindario, caían los criminales en manos de la justicia humana. Uno de los asesinos echó sobre sí toda la culpa del crimen, que fue expiado con todo el rigor de la vieja ley. Por un año se mantuvo pendiente en una picota colocada frente a la casa del delito, la carroña de una cabeza humana testificando a los transeúntes que se había cumplido la justicia de los hombres".

En lápida de mármol se grabó este epitafio en texto latino:

"Juan Eloy Valenzuela, incansable soldado de Cristo, consumido en caridad ardiente a los pobres, preclaro en toda clase de ciencias divinas y humanas".

Distinguida fue también la actuación de Valenzuela en acontecimientos importantes de la historia nacional. Figuró en el movimiento de los Comuneros en 1781 cuando éstos llegaron a Girón. El 30 de julio de 1810 fue llamado al Socorro para que asumiera la personería del movimiento revolucionario y poco después las circunstancias lo llevaron a enfrentarse con las armas a los hijos de Piedecuesta que habían proclamado también, al igual que el Socorro y Pamplona, la independencia absoluta de España y que desconfiaban de la sinceridad de Girón. Vencido Valenzuela en Mensulí, consideróse sin autoridad y volvió a su curato de Bucaramanga.

Qué interesante y atrayente es la vida de Eloy Valenzuela! Es digna de un estudio detenido que analice al hombre, al ministro de Dios, al hombre de ciencia, sus virtudes y su carácter! Estas líneas no aportan nada nuevo a este trabajo. Quizás contribuyan a despertar el interés de científicos e historiadores para acometer la ponderosa tarea.

FRANCISCO JOSE DE CALDAS, PERIODISTA

LUIS MARTINEZ DELGADO
y SERGIO ELIAS ORTIZ

Académicos de la Historia.

NECESIDAD DE ORGANOS DE PROPAGANDA REVOLUCIONARIA

En la tarde y la noche del 20 de julio de 1810, se realizó por los intelectuales criollos y el pueblo de Santafé de Bogotá uno de los movimientos más trascendentales en los dominios españoles de América. Revolucionario por esencia, ese movimiento trajo como consecuencias inmediatas: 1º, el derrocamiento del antiguo régimen político-administrativo representado en el momento por el Virrey don Antonio Amar y Borbón, que de su alto cargo de origen monárquico pasó a la categoría de vocal-presidente de una Junta revolucionaria de origen netamente popular, con mayoría, casi absoluta, de elementos americanos; 2º, el reconocimiento de la soberanía popular, con el derecho de elegir a sus gobernantes inmediatos, o sea a ejercer la función democrática de disponer de sus propios destinos y encomendarlos a los más aptos, con desconocimiento real del derecho absoluto de nombrar sus agentes en las Indias que había tenido hasta allí el soberano español; 3º, el cambio radical en la administración pública. El nuevo gobierno, nacido del querer del pueblo, trajo la innovación de compartir la responsabilidad del manejo de la cosa pública, mediante la formación de ministerios para los negocios del estado, confiados a las personas más competentes en cada ramo, en su mayoría hijos del propio suelo; 4º, la supresión de la Audiencia Pretorial, también de origen monárquico, para ser sustituida por un Tribunal de Justicia, perfectamente independiente del órgano ejecutivo, con lo que se creaba, dentro del nuevo orden, un nuevo poder de esencia republicana; 5º, el desconocimiento tácito de toda la legislación española antigua y su secuela de reales cédulas, reales órdenes, reales decretos, etc., que la adicionaban a cada momento, para darse una estructura legal propia, mediante la formación de un tercer poder, el legislativo, que se previó desde el Acta de la revolución de independencia y que debía formarse mediante la convocatoria del primer congreso nacional, con la concurrencia de diputados de todas las provincias "ligadas... por un sistema federativo", según allí se dijo; 6º, el rompimiento de la norma tradicional de que sólo la metrópoli, como estado soberano, tenía derecho a tratar y entenderse con las demás naciones de su clase, mediante relaciones internacionales, con la aceptación y envío de comunicaciones y de las primeras misiones de acercamiento diplomático con Quito y Caracas que estaban en igual pie revolucionario y trataban al propio tiempo de constituirse en estados soberanos; 7º, además de las innovaciones de orden político, en contraposición al estado anterior de cosas, se había operado una transformación evidente en lo social y en lo económico: las clases en que estaba dividida la sociedad criolla fraternizaban en los mismos anhelos de renovación y todos se sentían como ciudadanos, y no súbditos de la nueva patria; los impuestos para sostenimiento del país, ya no serían agobiadores y cobrados con exasperación como antaño, sino calculados de acuerdo con la economía nacional, ni los dineros del pueblo irían a parar a las cajas reales, sino al erario público para servicio de las necesidades del nuevo estado; y, 8º, el desconocimiento razonado y definitivo de dependencia del Supremo Consejo de Regencia de España, como autoridad legítima en ausencia del Rey, que se había reconocido en el Acta del 20 de julio por consideraciones de táctica política, con lo cual se desligaba totalmente el ex-Virreinato de la Nueva Granada de toda autoridad actual que gobernara la Península.

Se había cumplido, pues, en el espacio de pocos días un programa de tan grandes proyecciones, que en nada se parecía esto a lo anterior, a tal extremo que bien pudo decir el notable tribuno que encauzó el levantamiento, don José Acevedo Gómez, que allí empezaba "la segunda época de América". Cuando menos, para esta porción neogranadina principiaba el 20 de julio de 1810 un nuevo período histórico, perfectamente delimitado, por la más honda de las transformaciones de la época colonial.

De la antigua dependencia de la metrópoli apenas quedaba un vínculo sentimental, más como concepto de tradición inveterada, sujeto a una condición de difícil, si no imposible cumplimiento, que como hecho concreto, ya que en el Acta de ese día glorioso entre todos los días de la Patria se hizo constar expresamente: "*no abdicar los derechos imprescindibles de la soberanía del Pueblo a otra persona que la de su augusto y desgraciado monarca D. Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros*". Aparte de esta protesta, obligada por las circunstancias, que fue más o menos la misma que se hizo constar en documentos de igual clase en Quito, en Caracas y en Buenos Aires y que fue históricamente el punto débil que desvirtuó el alcance de la revolución de independencia, todo se transformó en sus fundamentos constitucionales, en los métodos de gobierno, en las relaciones sociales, en las bases de la economía.

Se hacía necesario, empero, en tan solemne coyuntura, gritar a la faz del mundo entero la noticia del hecho feliz que se había cumplido; comunicar en letras de molde, tanto tiempo sustraídas a la libertad de imprenta, los pasos que iba dando el nuevo gobierno que, con el título de Junta Suprema, había asu-

mido el poder, en toda su plenitud, el 20 de julio; instruir, no solamente a los buenos santafereños que con su presencia y decidida actitud habían hecho posible el golpe, sino a todos los granadinos de las provincias, cuál había sido el proceso de transformación de sistemas, los pasos que se adelantaban para dar consistencia a la revolución y lo que se esperaba de todos en la tarea de hacer patria unificada, libre de coyundas, dueña de sus propios destinos. Y ningún vehículo mejor para ello que el del periódico, como despertador de conciencias, como informador y como guía. Y esto también lo tuvieron muy en cuenta los hombres que habían asumido la responsabilidad del gobierno, porque esos hombres, a pesar de que se los ha presentado en la historia como novatos en achaques de dirección del estado, eran verdaderos estadistas, que todo lo preveían, todo lo conformaban a la salud de la patria, con desinterés ejemplar, y que si cometieron errores, muy disculpables en días en que había que crearlo todo y luchar contra prejuicios inveterados en las mentes coloniales, consecuencia natural fue el ambiente en que les tocó actuar, ni merece su gestión de seis años, hasta la reconquista de Morillo, la denominación, desprovista de sentido crítico que se le ha dado de "Patria Boba", cuando debía llamársela simplemente Primera República.

Pues bien: cuando los afanes de los primeros momentos le dieron tiempo a esos ilustres próceres a considerar el asunto, dispusieron la creación del primer órgano oficial de publicidad. Para ello, se eligió por lo pronto, como director, al veterano periodista, don Manuel del Socorro Rodríguez, al parecer el mejor indicado para el negocio, como que tenía fama en los círculos literarios de saber del oficio y ser el más solícito animador de la cultura.

EXPERIENCIAS PERIODISTICAS COLONIALES

Y aquí una digresión: como experiencia periodística, hasta el 20 de julio de 1810, no era gran cosa lo que existía en la tradición intelectual santafereña, y mucho menos, casi nada, en lo que pudiera llamarse periodismo político. Las autoridades coloniales tenían el encargo de vigilar estrictamente todo lo que se publicara en los dominios de América. Para lanzar un periodiquillo al público había necesidad de llenar muchos requisitos a fin de obtener la anhelada "licencia del Superior Gobierno"; los artículos, así fuesen las noticias más trasnochadas e inocuas, debían salir con el visto bueno de palacio, mayormente cuando se produjo la revolución francesa, en que se dispuso que toda publicación se enviase para la revisión a España, so pretexto de destinarla "a la Biblioteca de la cátedra de medicina práctica!".

En las anteriores condiciones habían visto la luz hojas noticiosas, de ocasión y existencia efímera, como EL AVISO DEL TERREMOTO, en 1785 y la GACETA DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ, en el mismo año, de los cuales aparecieron apenas tres números de cada uno. En seguida, don Manuel del Socorro Rodríguez, que había venido de Cuba, su patria de origen a avecindarse en Santafé, traído por el Virrey don José de Ezpeleta, que lo estimaba mucho por su buen espíritu y sus magníficas condiciones de autodidacta y luego le confió el cargo de director de la Biblioteca pública, dio mayor amplitud y consistencia a esas primeras muestras de la prensa periódica con la fundación del PAPEL PERIÓDICO DE LA CIUDAD DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ, aparecido el 9 de febrero de 1791, como una especie de primer intento de extensión cultural, de donde con suficiente razón se hace datar la iniciación del periodismo en Colombia y se tiene con justicia a Rodríguez como el decano del oficio. Fue este periódico el de más larga vida entre todos los que se publicaron dentro del régimen colonial, pues alcanzó a doscientas sesenta y cinco ediciones, hasta el año de 1797. Al principiar el siglo XIX (1801) apareció otro órgano de intención comercial, bajo la dirección de dos santafereños de la alta clase, don José Luis de Azuola, presbítero y don Jorge Tadeo Lozano, con el título de CORREO CURIOSO, Erudito, Económico y Mercantil de Santafé de Bogotá. Tuvo este periódico de todo, inclusive las primeras muestras de avisos comerciales, del tenor siguiente: "*Quien quiera comprar una herramienta completa de carpintería, ocurra a la Botica de San Juan de Dios, donde se manifestará y dará razón de su precio*". "*Quien quiera comprar un mulato de edad de veinte años, que sabe cocinar regularmente, ocurra a verlo y tratar de ajuste a casa de don Ignacio Alvarez, que vive frente a la iglesia de la Concepción*". Este periódico llegó hasta el número cuarenta y seis y murió dentro del mismo año de su fundación. Se necesitaban para sostenerlo, según sus editores, doscientos cincuenta suscriptores, a razón de diez reales por los veinte números y no se obtuvo sino cuarenta lectores dispuestos a pagar y por otra parte se vendían pocos ejemplares, los anunciadores escaseaban y la "negra envidia" perseguía a la empresa. Por ello se resolvió suspenderlo. Tras un silencio de cinco años, volvió a la carga don Manuel del Socorro Rodríguez con otro intento de mantener viva la llama de la prensa y para ello fundó en 1806, EL REDACTOR AMERICANO, periódico del Nuevo Reino de Granada, con anuencia del Superior Gobierno, "interesado, dice el editorial del número 1º, en promover cuantos ramos sean conducentes a la utilidad pública", aunque en el fondo no obedecía la nueva empresa sino al deseo permanente de difusión de las letras del infatigable director, que no se contentó con esta publicación quincenal, sino que al lado le puso una especie de suplemento mensual: EL ALTERNATIVO DEL REDACTOR AMERICANO, ambos noticiosos, de intereses generales y literarios. Tremenda tarea para esos tiempos se impuso Rodríguez con el sostenimiento de estas dos publicaciones y su esfuerzo no había de llegar sino al año de 1808, con 71 números del periódico principal y 27 del suplemento. Y aquí se cerró el ciclo colonial de la prensa amordazada, sin haber dejado tras de sí sino ensayos de aclimatación del periodismo, un ejemplo de progreso y una buena semilla para el porvenir. En esos tanteos

malogrados se había hecho alguna obra, que hoy es objeto de admiración y curiosidad; se había llevado alguna inquietud a la pacata sociedad de entonces y se habían dado a luz algunos trabajos de consideración de don José Celestino Mutis, de Caldas y de Pedro Fermín de Vargas cuyo "*Discurso sobre la navegación del río Magdalena*", firmado con la sigla P.D.U.Y.P. (Pedro de Urquinaona y Pardo), cupo el honor de ser reproducido en España, en una gaceta de Cádiz, como estudio de mucha importancia.

Pero si se apagaba la prensa noticiosa, retórica y anodina, surgía en cambio la revista científica, primicia de la investigación de la realidad neogranadina y fruto sazonado de las enseñanzas de la Expedición Botánica, informada en el espíritu sapiente del insigne José Celestino Mutis. Se llamó esa alta tribuna del pensamiento criollo, con nombre modesto, EL SEMANARIO DEL NUEVO REINO DE GRANADA, y apareció el 3 de enero de 1808, en volumen de ocho páginas y alguna vez una hoja más, bajo la insuperable dirección del sabio Francisco José de Caldas, discípulo predilecto de Mutis y el hombre mejor dotado de su tiempo para las ciencias matemáticas y naturales. Esa magnífica revista científica, nacida dentro del período colonial, había de prolongar su existencia hasta 1811, ya en plena revolución, cuando los colaboradores, por exigencias de la salud de la patria, tuvieron que colgar la péñola para ocuparse en la defensa de las nuevas instituciones. Esa obra admirable, de prematura madurez científica, abarcó puede decirse todas las disciplinas del espíritu aplicadas a la observación de la naturaleza, tal como se practicaba en la Europa sabia de la época: geografía (con los primeros atisbos de antropogeografía), educación, meteorología, bellas artes, astronomía, aclimatación de plantas y animales, botánica, zoología, estadística, agricultura, aprovechamiento de los recursos naturales, comercio, industrias, higiene, medicina, etc. De las memorias, ensayos, comunicaciones y artículos breves, publicados en esa revista, quedaron tres volúmenes como herencia científica de los hombres que crearon la nueva patria, tesoro permanente del haber cultural de Colombia.

EL DIARIO POLITICO DE SANTAFE DE BOGOTA

No debió quedar muy satisfecha la Junta Suprema de Gobierno con el tono de LA CONSTITUCIÓN FELIZ porque no volvió a aparecer ésta y de allí a diez días, el 27 de agosto de 1810, un nuevo órgano de publicidad, con el sugestivo nombre de DIARIO POLÍTICO DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ, saltó a la palestra, armado de las mejores armas y con propósitos de cumplir una misión de largo alcance, como en efecto la cumplió en sus cuarenta y seis ediciones. Se trataba como en el caso de LA CONSTITUCIÓN FELIZ de un periódico semi-oficial, de iniciativa privada pero financiado por el gobierno, como se expresó en la licencia de publicación concedida a los editores: "La junta suprema gubernativa de esta capital accediendo a la representación instituída por los doctores don José Joaquín Camacho y don Francisco José de Caldas, sobre que se les permita la impresión de un papel público titulado *Diario político de Santafé de Bogotá*, que tenga en objeto de presentar al reino los derechos de sus pueblos conciliándolos con el decoro de la soberanía que los representa, ha accedido a esta pretensión, mandando que se les contribuya con la cantidad de dos mil pesos, que se hace necesaria para la publicación de este papel, la cual reintegrarán de los productos de su impresión, dentro del preciso término de seis meses que proponen los redactores, a la real hacienda, de cuyos fondos se ha de verificar el suplemento".

Los directores del nuevo periódico, doctores Camacho y Caldas, eran hombres avezados a las tareas de la pluma y pertenecían al pequeño grupo de los intelectuales de la revolución; habían participado en las juntas secretas del Observatorio Astronómico y en las reuniones clandestinas de las casas de los principales conspiradores y por lo mismo estaban seguros de que se operaba un cambio sustancial en la estructura del país y había que encaminar la opinión pública dentro de perspectivas muy distintas de todo lo pasado en vista de los nuevos hechos. Camacho era un eminente abogado que compartía con el doctor Camilo Torres la supremacía en el gremio de juriconsultos del Virreinato de Nueva Granada y junto con ella el favor popular, pues los dos fueron los más favorecidos en 1809, con los votos de los Cabildos de las Provincias en la elección del diputado a Cortes, aunque quedaron excluidos en la última eliminatoria practicada por el Virrey y los Oidores, que los conocían como agitadores peligrosos. Sin esta circunstancia, uno de los dos, Torres o Camacho, debió ser el elegido para el único renglón de representación que se concedía al Virreinato. Camacho había nacido en Tunja en 1766, en hogar de gentes de pro que le procuraron la mejor educación de la época en el Colegio del Rosario de Santafé, donde obtuvo una beca y más tarde el grado de doctor en derecho, con el honor de ser recibido como abogado de la Real Audiencia. Sus relevantes cualidades de hombre público, le merecieron luego dos cargos de responsabilidad, que dentro del régimen español imperante no se confiaban a los criollos, sino con rara excepción: Teniente de Gobernador de Tocaima y Corregidor del Socorro y Pamplona, del que fue destituido por tachárselo de desafecto al gobierno. En Santafé se agregó a la Expedición Botánica y fue Profesor de Filosofía y Derecho Público en el Colegio del Rosario.

La revolución, de que fue uno de los principales cabecillas, lo encontró como Asesor del Cabildo, de donde pasó, por efectos de la transformación, a vocal de la Junta Suprema por aclamación popular, y a compartir en la misma, la Secretaría o ministerio de Gracia, Justicia y Gobierno. En esta posición, fue él, seguramente, quien en compañía de Caldas, sin dejar su alto cargo oficial, ofreció ponerse al frente de

un periódico de mayor intención política para reemplazar a LA CONSTITUCIÓN FELIZ que por la primera muestra no llenaba las aspiraciones revolucionarias en que estaba comprometido el nuevo gobierno.

Cuanto a Caldas, la trayectoria de su vida purísima, consagrada por entero a la investigación científica, es más que conocida en la historia de la cultura americana. Natural de Popayán, cuna de sus mayores, su familia quiso dedicarlo al foro, como la carrera civil más en boga en su tiempo, pero él, sin desobedecer el anhelo paterno, no solamente se graduó en leyes en el Colegio del Rosario, sino que por propia cuenta al principio, y luego bajo la paternal enseñanza de Mutis, se dedicó al estudio de las matemáticas y de las ciencias físicas y naturales, con tal empeño y capacidad que llegó a dominar como propios varios campos de esas disciplinas y a hacer descubrimientos de importancia en física y grandes avances en antropogeografía y botánica, que llamaron la atención de Humboldt y Bonpland, que lo conocieron y trataron en su viaje a las regiones equinocciales. Fue publicista incansable y a él se debe la iniciativa y realización de la primera revista verdaderamente científica de este continente, el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. La revolución lo encontró como director del Observatorio Astronómico y participó en ella con decisión y afecto.

Tanto Camacho como Caldas prestaron eminentes servicios a la primera república, el primero como diputado al Congreso y encargado del poder ejecutivo y el segundo como Coronel de Ingenieros, fundador de la Academia Militar de Antioquia para preparar a los defensores de la patria. Ambos pagaron con su sangre generosa su adhesión y servicios a las instituciones republicanas, pasados por las armas, por la espalda y con pérdida de sus bienes. En la *“Relación de los principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reino de Granada que después de formados sus procesos, vistos detenidamente en el Consejo de Guerra permanente han sufrido la pena capital”*, los “pacificadores” de 1816 redactaron en los siguientes términos las fichas de inmortalidad de esos dos próceres periodistas: “JOAQUÍN CAMACHO. — Fue diputado del Congreso rebelde, acérrimo en seguir la independencia y hombre perverso. Escribió varios papeles y periódicos con máximas contrarias a la causa del Rey nuestro Señor, y a la dignidad de la Nación Española”. “FRANCISCO JOSEFF DE CALDAS. — Ingeniero General del Ejército rebelde y General de Brigada”. Pudieron agregar que Caldas facilitó la torre del Observatorio para conspirar y que como periodista predicó la revolución y dijo toda la verdad contra la satrapía del antiguo régimen. Tales fueron, a grandes rasgos, las vidas de esos dos preclaros varones que en momentos de confusión y de quiebra de todo lo anterior, tomaron a su cargo, con valor civil y con conocimiento del oficio, la misión de propagar la obra revolucionaria desde las columnas del DIARIO DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ.

Como era de esperarse, de la mentalidad altamente cultivada y de las plumas vigorosas de Camacho y de Caldas, desde el primer número del DIARIO POLÍTICO, se definió el nuevo tono de la prensa independiente. En el *Prospecto* explicaron ellos la razón de su órgano de publicidad especialmente en la hora de convulsión política que se atravesaba, como vehículo rápido, competente y eficaz de fijar la opinión de los pueblos de la comprensión del extinguido Virreinato, para “reunir las voluntades y afianzar la libertad e independencia”. Aunque apenas empezaba una nueva era, a sólo cuarenta días de producido el derrumbamiento del antiguo régimen, ellos escribieron: “Nosotros, que el día 20 de julio de 1810 conquistamos nuestra independencia; nosotros que formamos una Junta en quien depositar la autoridad...”. Se necesitaba decirlo así, con frases rotundas y de afirmación política, aunque el camino por recorrer era largo y colmado de peligros, de que ellos mismos serían víctimas sacrificadas en el altar de la patria nueva, para que los pueblos fueran adquiriendo conciencia del fenómeno político, social y económico que se había operado con su voluntad y en sus consecuencias, en la nueva fase de su historia que le daba entrada a la convivencia con las naciones libres y soberanas del orbe.

Definieron su actitud de periodistas en términos claros y breves: “Ya se acabó, dijeron, ese tiempo de silencio y de misterios, y se rompieron las cadenas que han aprisionado a la razón y al ingenio; desapareció para siempre esa reserva injuriosa a nuestra fidelidad, y ese secreto, el baluarte más firme de la tiranía. Conocemos que debe haber reserva en aquellos preceptos en que la publicidad frustraría los fines del Gobierno; pero en los otros debe reinar la franqueza, y deben publicarse en nuestro DIARIO POLÍTICO”. Es decir, aspiraban, como periodistas honrados, a decirlo todo, excepto aquello que pudiera perjudicar los intereses patrios y a que su órgano de publicidad pudiera mirarse “como los anales de nuestra libertad”, con el anhelo de que sus descendientes revolvieran más tarde con placer esas páginas, como fundamento de una historia nueva, plena de conquistas de las libertades públicas. Su deseo se ha cumplido: el DIARIO POLÍTICO constituye hoy, a la distancia de ciento cincuenta años, no solamente un monumento de nuestra historia político-administrativa, sino una fuente muy aprovechable de conocimiento de la formación de nuestras instituciones democráticas. Por ello la reproducción de esas páginas de oro de los primeros días de nuestra emancipación, se hacía necesaria como un homenaje en el sesquicentenario del movimiento revolucionario del 20 de julio, a los preclaros varones que, como periodistas, supieron interpretar a cabalidad los anhelos de los pueblos granadinos en los primeros días de la “separación eterna” de España.

Los Directores del DIARIO, con plena libertad de emitir sus opiniones, no podían menos de hacer notar a sus lectores esta feliz circunstancia: “Ahora dos meses, dijeron, temblaría un escritor al poner las dulces palabras *libertad, independencia*, y hoy hacen su consuelo y sus delicias” y como ya empezasen a aparecer

las disenciones y las pugnas partidistas y los celos de las Provincias por tener la supremacía en el manejo de los destinos de la nueva patria, o cuando menos a formar casa aparte como soberanas, dieron principio a su tarea por predicar la unión: "Dirigimos también nuestra palabra a las Provincias ilustres que componen el Reino. Abrid los ojos: ved los riesgos, digamos mejor, los abismos de la división. La división, la rivalidad, ese necio orgullo de ser la primera, nos precipitará en los males incalculables de una guerra civil, y después de haber derramado con escándalo del universo la sangre preciosa de nuestros hermanos, seremos presa de cualquier potencia que quiera subyugarnos". Nobles palabras que no se escucharon porque había en juego muchos intereses locales y que tuvieron entonces el valor de una profecía, pues la desunión y las pugnas por sistemas de gobierno, fueron de las principales causas en la pérdida de la primera república. Y como para acentuar más lo anterior, hicieron la siguiente gravísima declaración que nos demuestra el pensamiento íntimo de independencia absoluta que abrigan los hombres de la revolución: "*Hagamos ver a esa Europa orgullosa, que tenemos virtudes y que somos dignos de formar una nación libre; hagámosle ver que podemos resistir a sus escuadras, a sus ejércitos y a su cañón, con nuestra reunión pacífica y fraternal; que desde Cúcuta hasta Loja, desde las llanuras del Orinoco hasta el Chocó no se oiga sino una voz, y que no haya sino una y que no haya sino unos mismos sentimientos. Libertad, independencia, subordinación a las autoridades, patriotismo, humanidad. He aquí nuestro código y el único que nos puede salvar en esta crisis política*". Esto, ni más ni menos, decía el editorial del primer número del DIARIO, fresca aún la reyerta del 20 de julio en la Primera Calle Real, que encendió la chispa de la revolución. Nada de ditirambos rodillones al suspirado Fernando; ninguna alusión, ni aun para salvar las apariencias, a otra soberanía que la del pueblo neogranadino, constituido en dueño de sus destinos y esta actitud perduró a todo lo largo de las cuarenta y seis ediciones del periódico. Sus directores sabían lo que querían y a dónde iban. Estaban en las interioridades del "gran secreto", de que habla en sus memorias la hija del Tribuno del Pueblo, doña Josefa Acevedo de Gómez y obraban en conformidad.

Camacho y Caldas se proponían hacer, según se colige del título que adoptaron para su periódico, un verdadero diario, pero por el momento sólo pudieron ofrecer tres números a la semana: los lunes, miércoles y viernes, en tamaño de medio pliego. Esta era una innovación muy atrevida dentro de los escasos medios con que se contaba. Hasta allí la experiencia en publicaciones periódicas sólo llegaba a semanarios que morían por consunción. El precio del ejemplar por lo que sabemos de la economía de la época era normal: "En la capital a medio real y en las Provincias a real". No podía el DIARIO insertar avisos, porque estaba consagrado por entero a la propaganda política y a la publicación de los actos del gobierno. En estas condiciones la vida del DIARIO fue angustiosa, sin contar con las invencibles dificultades de imprenta, a tal punto que en el número 3º, los directores pusieron la siguiente: "Nota. — La poca letra de imprenta, la necesidad de desbaratar para volver a componer, nos ha hecho ver que no puede resistir la salud del impresor y oficiales a fatiga tan continuada. Hemos resuelto limitar el diario a dos números semanales: el martes y viernes se darán al público". Más adelante se subió el precio del ejemplar "a un real por medio pliego, por la suma carestía del papel que se está comprando a 25 pesos la resma, con cuyo motivo hemos tenido pérdidas muy considerables".

Importa mucho hacer notar, para la historia del periodismo en Colombia, cuáles fueron los reducidos medios de que dispusieron y cuántas las dificultades con que tropezaron los próceres de nuestra emancipación para la difusión de sus ideas. En todas las épocas de nuestra historia republicana el ejercicio de la prensa ha sido obra de titanes. Si en los tiempos modernos, poderosas empresa como EL TIEMPO de Bogotá, que hoy es orgullo del país y órgano respetabilísimo de publicidad del continente, tuvieron que afrontar en sus principios la más desesperada lucha por sostenerse, ¿cuál no sería la que cupo a quienes en el nacimiento de la república tuvieron que crearlo todo, con poca experiencia, en momentos de angustia en que estaba suspendida sobre ellos la espada de Damocles del poder de España todavía fuerte en medio de sus quebrantos? Con todo, los directores del DIARIO POLÍTICO cumplieron a cabalidad con su misión. Dijeron todo lo que podía decirse entonces con desafiante valor civil y con elegancia de caballeros. Tuvieron informado al público de todos los pasos del gobierno, del proceso de organización administrativa, nueva en todo sentido, y de cuantas novedades de América y Europa podían interesar a sus lectores con relación a la gran empresa de crear su propia patria. Examinaron ideologías que pugnaban por adquirir cuerpo en las instituciones, para encarecer lo que ellos creían mejor en la hora de prueba que atravesaban. Se hicieron eco de las necesidades de las Provincias. Señalaron defectos de organización, caminos de progreso, medios de incrementar las industrias, fuentes de economía. En las páginas inmortales del DIARIO POLÍTICO quedaron grabados los nombres de quienes, con alto espíritu de comprensión, ofrecieron sus bienes, en la medida de sus posibles, para ayudar a la Patria que carecía de recursos, pobre como estaba por la extracción de caudales, públicos y privados, días antes de la revolución para socorrer a la metrópoli en su lucha contra Napoleón y por primera vez en América se habló en esas páginas de una colecta, a modo de socorro internacional, promovida por la Junta Suprema para ayudar a las viudas y huérfanos de Quito con motivo de la matanza del 2 de agosto de 1810. Educó también a la masa ignorante en los deberes cívicos, con la inserción en sus páginas de unos elementos de Economía Política. De todo se ocupó el DIARIO, hasta de los precios del mercado, para hacer obra agradable y útil.

Entre el material del periódico, deben señalarse dos documentos de gran importancia en nuestros anales: la *Historia de nuestra revolución*, que se publicó en varias entregas y una relación pormenorizada de los sucesos de Quito, con el asesinato de los próceres del 10 de agosto.

En el número 46, correspondiente al 1º de enero de 1811, después de cinco meses de ejercicio, los directores del DIARIO Político dieron por terminadas sus labores, con la siguiente advertencia: "Tenemos el dolor de anunciar al público la necesidad en que nos hallamos de suspender la publicación de este DIARIO, que habíamos emprendido con la mira de contribuir en cuanto pudiésemos en la propagación de las luces tan necesarias en el presente estado de las cosas. Pero siendo muy corto el expendio en esta capital y casi ninguno en las provincias, de donde hasta ahora no se ha podido recaudar lo que se ha vendido, crecidísimos los gastos por la carestía del papel, nos hallamos en la incapacidad de proseguir en la empresa, sin perjudicarnos gravemente. Hemos comunicado y dispersado los dos mil pesos que nos adelantó el gobierno para los costos, con calidad de reintegrarlos con los productos del mismo papel, cuya cantidad tal vez no podemos reembolsar hallándose repartidos en las Provincias 15.000 números y existen en nuestro poder una gran cantidad de impresos. Pedimos al público se sirva dispensarnos los defectos en que hayamos incurrido, atendiendo a que nuestros deseos sólo han sido servir a la patria".

Lo triste de esta historia es que años más tarde, cuando Camacho y Caldas habían pagado con el precio de su vida en el patíbulo su ingerencia en la revolución, y cuando la república estaba en plena marcha, un funcionario que se pasaba de listo, quiso cobrar a las viudas y huérfanos de los ilustres próceres el saldo que quedaron a deber por la quiebra del periódico. Cosas de la democracia! Afortunadamente el Congreso de Cúcuta no solamente condonó esa "deuda", sino que se valió de la ocasión para renovar a esos ilustres mártires "el justo tributo del reconocimiento nacional".

HUMBOLDT Y LA ESCUELA DE MUTIS

CALIXTO TORRES UMAÑA

Miembro de la Academia de Ciencias y de la
de Medicina de Colombia

El Profesor CALIXTO TORRES UMAÑA fue invitado a Alemania, para la conmemoración del centenario de la muerte de HUMBOLDT. Con tal oportunidad dictó en la Universidad de Leipzig la siguiente conferencia:

Al igual que las consideraciones de orden sentimental, que tienden a unir los pueblos físicamente distanciados, existe la irresistible unión de las ideas, cuyas corrientes, como las ondas hertzianas, pasan a través del espacio y del tiempo y pasan aun a través de la raza y del idioma.

Curioso es y no raro por cierto, el fenómeno que produce el brote simultáneo en el tiempo y distanciado en el espacio, de una misma idea o de ideas semejantes, como que emanan de intelectos constituidos de la misma manera y atraídos por los mismos intereses, y que aparecen al mismo tiempo en regiones desconocidas y alejadas. Dijéranse focos de energía que encontrándose dentro del mismo circuito, se iluminaran en un instante por la acción de un artífice invisible.

Por eso, al volver la vista hacia atrás y contemplar en las lontananzas del pasado los múltiples lazos que pudieran fomentar una unión germano-ibero-americana, vienen a la mente, junto con los nombres de los valientes aventureros alemanes, que prestaron su contingente a la empresa española de la conquista de América, los nombres de aquellos otros conquistadores que llegaron más tarde, mas no ya con férrea armadura de los guerreros, sino con el brillante escudo de las ideas y la daga buida y sutil de la curiosidad investigadora. Así como al lado de Hernán Cortés, de Pizarro y de Jiménez de Quesada, aparecen los nombres de Hohermuth y de Federmann, surge al lado del español peninsular Mutis y de su grande escuela de naturalistas americanos, el nombre del barón Alexander von Humboldt; y así como no podría completarse la historia de Mutis y de su escuela sin hablar de su inteligencia con Humboldt, tampoco podría apreciarse en toda su plenitud la gloria del sabio alemán sin conocer su viaje hasta nuestro altiplano andino y su intercambio intelectual con los naturalistas americanos.

No es el momento de estudiar todos los elementos que formaron en el ánimo del barón de Humboldt, la decisión de hacer su viaje hacia el equinoccio americano. Que las razones fueron justas lo demuestra el cuantioso acervo de conocimientos que trajo al viejo mundo para enriquecer la ciencia universal.

Era verdad que el nuevo continente, continuaba como continúa aún siendo descubierto y nada más sugestivo para un naturalista que ir a ponerse en contacto con una fauna y una flora llenas de novedad y prometedoras de riquezas incalculables y a aprender otra manera de contemplar el mundo, mirándolo desde otros puntos científicos.

"Jamás, dice en el prólogo de su obra". Examen Critique de l'histoire et de la Géographie du Nouveau Continent. "Jamás descubrimiento alguno podrá, por sí sólo producir una ampliación semejante y un cambio tan extraordinario y duradero dentro del horizonte espiritual humano, como el descubrimiento de América. Se levantó entonces el velo que ocultó por miles de años la mitad de nuestro globo, como se oculta aún y se ocultará la mitad del cuerpo de la luna mientras el estado actual de nuestro sistema planetario no sufra cambios trascendentales". O mientras el poder humano no permita hacer viajes interplanetarios.

Es indudable —según se verá luego— que, en refuerzos de estas ideas venía la noticia de los estudios importantes que en la Nueva Granada llevaba a cabo un sabio gaditano, colono ilustre de aquella tierra exuberante y nueva, acompañado de toda una escuela de jóvenes sabios, colaboradores criollos, cuyos nombres están, por más de un concepto, grabados a perpetuidad en las páginas de la historia americana.

Era el jefe de aquella escuela, Don José Celestino Mutis, médico llegado desde joven a la colonia y quien al lado de sus estudios de medicina había demostrado siempre un interés particular por la botánica y en general por las ciencias naturales. Su nombre debió de ser bastante conocido ya desde temprano, cuando a la edad de

veinticinco años fue nombrado médico del Marqués de la Vega de Armíño, al emprender éste su viaje a Santa Fe de Bogotá como Virrey de la Nueva Granada.

En septiembre de 1760, pisó Mutis en Cartagena de Indias, la tierra de su nueva patria, donde iba a pasar el resto de su vida y cuyas selvas vírgenes e irsutas, le guardaban la satisfacción de descubrimientos trascendentales. Porque fue sin duda el entusiasmo del sabio gaditano por interrogar a la naturaleza nueva del continente nuevo, el móvil principal que le determinó a aceptar el puesto que lo llevó a aquellas regiones.

Dentro de los límites de esta conversación no cabría un análisis, siquiera somero, de toda la obra realizada por este hombre en el territorio de la que hoy es República de Colombia. Séame permitido tan sólo mencionar algunos de sus más importantes estudios a fin de poderemos dar una idea de los lazos intelectuales que con Humboldt le unían y de las razones que el sabio prusiano pudiera tener, para —en vez de continuar su viaje por mar de Cumaná a Quito— emprender la por aquellos tiempos tan penosa ascensión hasta el altiplano de Bogotá.

Desde su llegada a la tierra neogranadina inició Mutis sus investigaciones, las cuales versaron no solamente sobre la flora y la fauna, sino que se aplicaron también a la geología, a la geografía, a las matemáticas, es decir, a todos aquellos asuntos que interesaban el espíritu investigador del barón Alexander von Humboldt.

Estudió las condiciones del sueño y vigilia de las plantas y al mismo tiempo, el ciclo evolutivo del gusano de monte que tantas molestias solía causar a los recién llegados al trópico y a cuyo propósito escribía así al hijo de Linceo, desde el fondo de los socavones donde estudiaba la riqueza mineral del suelo:

"Esta nuestra especie de cestro es del tamaño de una mosca doméstica. En unos tubitos, en forma de avispero imbuçados alrededor del vientre de la madre, se esconden y anidan hasta más de cincuenta pequeñísimas larvas. De aquí resulta que, puesta la madre encima del hombre, quien equivocándola con la mosca doméstica, no la teme mucho por no haber experimentado antes sus acechanzas, regala, salva su maldita conciencia, tantos dones cuantos gusanillos salen de sus tubos, para dejar nuevo nido dentro del pellejo del hombre, dejándolo sin su previo consentimiento, los gravísimos cuidados de proveer a la nueva generación de sus necesidades y alimentos".

He aquí todo el estudio patogénico de una afección cutánea, cuya profilaxis no podría intentarse si no se conocieran estas nociones tan sencillas en apariencia, pero tan trascendentales.

En asuntos del reino vegetal, estudiaba Mutis minuciosamente, las distintas especies, las clasificaba y aún las plantaba como plantó los bálsamos del Tolú y del Perú hasta verlos fructificar; fue él quien les dio el nombre genérico de Miroxilon con el cual son aún conocidos en la ciencia.

Estudió así las canelas que habrían de competir con las descubiertas por los holandeses en las Molucas; en su casa de Mariquita crecieron estas plantas, donde gracias a cultivos convenientes adquirieron un desarrollo considerable. Aquellas plantas llamaron la atención de Humboldt, según dice éste en carta dirigida a su hermano Guillermo en septiembre de 1801.

Estudió también las quinas, el conocimiento de las propiedades medicinales de estas plantas data desde el visreinato del Príncipe de Esquilache en el Perú. Años más tarde, con motivo de la curación de la Visreina, condesa de Cinchona, por consejo de un corregidor de Lonja (Ecuador) se hizo más popular su uso como antifebrífugo. La primera descripción científica fue dada por el astrónomo Carlos María de la

Condamine en la Academia de Ciencias de París, después de su viaje a América en 1738.

Pero, fue Mutis quien descubrió nuevas especies al norte del Ecuador; hizo un estudio general de estas plantas desde el punto de vista médico y del de la clasificación, de tal manera que, según Caldas, “se podía afirmar que ninguno conoce mejor que él, el género *Cinchona* y sus derivados”.

Sobre el estudio particular de las Pasifloras escribía el sabio Caldas en el Semanario de la Nueva Granada: “Este estudio merece llamar la atención de todo naturalista y es de los que más elogios le ha merecido. En un género en que todas las especies son volubles, género tan numeroso y tan extendido como la pasiflora, ver aparecer individuos con todo el hábito y los caracteres de un árbol, es un ejemplo luminoso que arruina todas las ideas de aquellos botánicos que han dividido las plantas en árboles y yerbas, fundando esta división en el hábito y no en los caracteres tomados de la fructificación. Mutis, ha constituido dos especies nuevas: a la una la llamó *pasiflora arborea* y a la otra *pasiflora arborecente*”.

Como matemático, regentó la cátedra correspondiente en el Colegio del Rosario; como médico, fue el fundador de los estudios de medicina en la Nueva Granada; como astrónomo, fundó el Observatorio Astronómico de Santa Fe e hizo varios descubrimientos trascendentales.

Hizo importantes observaciones con motivo del paso de Venus por el disco del sol ocurrido en 1769. “Una ocasión tan favorable, escribía, no volverá a verificarse sino dentro de mucho tiempo. El más próximo será en 1874 y seguirá el de 1882. Estos dos sucederán en el mes de diciembre, razón ingrata para los observadores. Por otra parte, para sacar de ellas todo el fruto posible, sería necesario penetrar en el sur, hasta el círculo polar y aún más allá. Otro paso sucederá en el año 2004 y en él la latitud de Venus no será bastante grande y el efecto de la paralaje sobre las diferentes duraciones del paso, no será, ni con mucho, tan sensible como lo fue en 1769.

En el paso que sucederá en el año 2012, se lograrán con pocas diferencias, las mismas ventajas que en 1769. El día 5 de julio de 2.255, Venus pasará sobre el sol con circunstancias más favorables que en este siglo”.

Demostó la influencia directa que tiene la luna sobre las variaciones del barómetro, como las tiene sobre las aguas del océano, cicunstancia que, según Caldas, había sido sospechada por algunos sabios europeos, “pero, dice Caldas, mal situados no pudieron decidir sobre el asunto. Mutis en el corazón de la zona ardiente y a cuatro y medio grados de latitud, ha llevado hasta el punto de certidumbre que ya no se puede dudar sin obstinación”.

Mas, su labor no se limitó a investigar y descubrir, sino que al tanto como ninguno de los corrientes en boga, las difundió con valor y con entusiasmo.

Fue él quien por primera vez expuso en América las teorías astronómicas de Copérnico, pues hasta esa época se seguía creyendo allí que la tierra era el centro del universo, alrededor del cual giraban todos los astros, tal como lo había enseñado Ptolomeo. Los descubrimientos de Galileo, de Kepler y de Newton condensados en las doctrinas de Copérnico y de Giordano Bruno, ya tenían un ambiente en la cultura europea, pero fue Mutis quien empezó a difundirlas en América, a pesar de que ya por entonces maduraba en él la idea de seguir la carrera del sacerdocio que abrazó después.

Mas, su reconocido y acendrado catolicismo, no obstó para que los padres dominicos directores de la Universidad Tomista de Bogotá, consideraran de su deber, como fieles guardianes de la Fe, acusar a Mutis ante el comisario de la Inquisición como propagador de doctrinas contrarias a las Santas Escrituras.

A pesar del ambiente desfavorable que las nuevas doctrinas tenían en aquel siglo y en aquel medio, la defensa que se hizo Mutis fue suficientemente elocuente para hacer entrar al fanatismo en razón. “La escritura —decía citando a San Agustín— sigue en esto un idioma que pueden entender los hombres flacos a quienes se dirige”.

Una de sus últimas empresas fue la fundación del Observatorio Astronómico de Santa Fe de Bogotá, sobre el cual escribe un sabio de la época: “Si los observatorios de Europa hacen ventajas a este por la colección de instrumentos y por los suntuosos edificios, el de Santa Fe de Bogotá, no cede a ninguno por la situación importante que ocupa en el globo.

Dueño de ambos hemisferios, todos los días se le presenta el cielo con todas sus riquezas. Colocado en el centro de la zona tórrida, ve dos veces en el año el sol en su cenit y los trópicos, casi a la misma elevación. Establecido sobre los Andes ecuatorianos a una prodigiosa

elevación sobre el océano, tiene poco que temer sobre la inconstancia de las refracciones, ve brillar las estrellas con una claridad y sobre todo una azul tan subido, de que no tiene idea el astrónomo europeo. De aquí, ¡cuántas ventajas para el progreso de la astronomía! Si el célebre Lalande anuncia con entusiasmo la creación del observatorio de Malta, por hallarse a 36 grados de latitud y ser el más meridional de cuantos existen en Europa, ¿qué habría dicho del de Santa Fe a cuatro y medio grados de la línea? Lejos de las nieblas del norte y de las vicisitudes de las estaciones, puede en todos los meses registrar el cielo...”.

En cuestiones de mineralogía hizo una labor de suma importancia: cinco años de permanencia suya en las minas de oro de Montuosa, Vaja y Betas y luego en las de Ibagué y Santa Ana, dieron por resultado el que se emplearan nuevos y más eficaces métodos en la explotación del oro.

Más tarde dedicó su atención al platino. Sabido es que a este metal —descubierto en Colombia por los conquistadores— se le llamó así por su semejanza con la plata. Al que se extraía de las minas de Barbacoas y el Chocó, una de las más ricas del mundo, se le llamaba *oro blanco* y *oro niño*, pues pensaban los mineros que se trataba de oro en vía de transformación o incompletamente formado por lo cual le arrojaban al agua para que madurase, sin sospechar que tenían en sus manos el más precioso de los metales y sin sospechar mucho menos, que en medio de su ignorancia, esbozaban los principios que apenas se conocen hoy, sobre la transformación de la materia. Fue Mutis el primero que estudió, desde un punto de vista científico, las condiciones de explotación del platino.

Pero todas estas actividades —aun la misma medicina que había constituido su carrera inicial—, no fueron sino derivaciones de su vocación constitucional que era el estudio del reino vegetal.

Su gran ilusión fue el establecimiento de una comisión botánica, para que un grupo de colaboradores inteligentes y cultivados pudiera hacer un estudio a fondo de la flora del país, formando colecciones en las que se hermanaran la ciencia con el arte y donde se pudieran almacenar toda una serie de conocimientos de valor indiscutible.

Acudió al Visrey en solicitud de apoyo para su idea, pero el Excelentísimo señor don Pedro Messia de la Cerda, Marqués de la Vega de Armíño, Visrey de la Nueva Granada y caballero de unas cuantas órdenes, no tenía ya quizás tantas nobles preocupaciones como títulos, a menos que nobles se llamaran sus achaques y quejambres, cuya importancia ocultaba en absoluto la para él, invisible importancia de los proyectos del sabio naturalista.

La contestación fue una propuesta para regresar con él a la península, en calidad de médico encargado de procurar los cuidados que tan ilustre personalidad necesitaba, propuesta que rechazó Mutis, pues había decidido vivir su vida en el medio donde vivían sus principales intereses y preocupaciones.

Acudió entonces a la Corte, pero la Corte preocupada en el instante con asuntos de grande importancia, no le dio respuesta alguna.

No fue sino en 1782, cuando el Arzobispo Visrey, don Antonio Caballero y Góngora, se dio cuenta del valor intelectual de Mutis y de la importancia de sus proyectos e inició éstos al Rey; en el año siguiente fue sancionada por Carlos III la creación de la llamada Expedición Botánica del Nuevo Reyno de Granada y era nombrado Mutis organizador y Jefe de ésta.

Principia con este acontecimiento la historia de aquella famosa escuela de naturalistas, casi todos jóvenes que tuvo a Mutis por maestro y por campo de acción toda la parte norte de la América Meridional. Aquello fue, como decía un escritor, “el hervir vividor de la colonia”.

Un cuartel general en la ciudad de Mariquita o en la de Santa Fe; comisiones de naturalistas recogiendo y estudiando las plantas; pintores venidos de Quito y de España haciendo reproducciones, se multiplicaban al mismo tiempo que los manuscritos, los herbarios y las artísticas pinturas. La mayor parte de esta obra, que fue enorme, permaneció inédita mucho tiempo, lo que explica cómo el nombre de Mutis, que fue universalmente famoso en el siglo XVIII, se ha venido esfumando en la memoria de la humanidad.

Mutis sostenía correspondencia con los más famosos sabios europeos, quienes le llamaban “Néstor de la ciencia”, “Patriarca de la botánica”. El ilustre Cavanille reconoció varias veces en él un espíritu superior; el gran Linceo pronosticó la inmortalidad del investigador neogranadino y añadía estas palabras: “Ojalá en esta vida me fuera dado verte una vez siquiera”.

Leblond, médico del Rey y conocido naturalista, le escribía así desde París: "He recibido cerca de veinte visitas de los botánicos más célebres de Europa no más que porque saben que le he visto y conozco a usted".

¿Qué cosa más natural entonces, que la correspondencia cruzada entre Mutis y Humboldt, cuando al lado de la botánica, tenían estos dos sabios tantos intereses intelectuales que les eran comunes? ¿Y qué cosa más natural, que al hacer Humboldt su viaje a América considerara como cosa importantísima la visita a Mutis?

Era la época de transición entre el siglo XVIII y el XIX; el enciclopedismo florecía en el viejo mundo, aún dentro del atormentado período en que se agitaba la política de los pueblos europeos.

Allá al otro lado del Atlántico, las colonias españolas de América, empezaban a sentirse influenciadas por el movimiento emancipador de las inglesas del norte y por el oleaje que allí se alcanzaba a llegar, de las nuevas ideas que agitaban a Francia y con ella a la Europa entera.

Mas nada de esto alcanzó a hacer vacilar siquiera el empeño del barón de Humboldt, como tampoco fue aquel estado de psicología social lo que allí le atraía a pesar de que cosas semejantes le preocupaban también cuando con Schiller platicaba a propósito de temas políticos parecidos y cuando, pocos años antes, pretendió publicar un libro sobre la libertad individual. Preocupábale más que ello, mirar de cerca una flora nueva y completar en aquellas latitudes su conocimiento de la naturaleza que sabe esconder en sus arcanos toda una maravillosa organización, dentro de la cual pueden sorprenderse las normas fundamentales de la constitución de los pueblos, el reflejo de la evolución social y escuchar el sublime diapason sobre lo que el arte humano se construye.

Con el sabio francés Bonpland —que fue su compañero y colaborador— llegaron a Caracas; se internaron por San Fernando de Apure hasta las fuentes del Orinoco, volvieron a la costa, se embarcaron en Cumaná para Cartagena de Indias y después de unas semanas de permanencia en esta ciudad, fueron hacia el río Magdalena, para emprender remontándole su largo viaje hacia Santa Fe de Bogotá, cuyo objeto principal, lo expresa así el barón en carta dirigida desde Ibagué a su hermano Guillermo, con fecha 21 de septiembre de 1801:

"El deseo ardiente de ver el célebre Mutis, el amigo de Linceo, que reside en Santa Fe y de comparar nuestros herbarios con los suyos, así como la curiosidad de escalar la inmensa cordillera de los Andes que se extiende de Lima hasta la embocadura del Amazonas, en el Golfo del Darién al Norte, a fin de poder trazar con observaciones personales una carta de toda la América del Sur, me llevaron a preferir el penoso camino de tierra hacia Quito, más allá de Santa Fe y Popayán, a la vía marítima de Portovelo, Panamá y Guayaquil. No envié de consiguiente, sino mis instrumentos más valiosos, los libros que no necesitaba y otros objetos por vía marítima, y nos embarcamos en el Magdalena, después de tres semanas de estar en Cartagena".

A Bogotá, ciudad clavada en el centro de Colombia y en lo alto de las cimas andinas, se llega hoy desde las costas del Atlántico o del Pacífico, ya por ferrocarril, ya por la carretera automoviliaria, ya remontando en cómodos barcos de vapor el río Magdalena, ya por las frecuentadas vías aéreas.

El viajero que hoy cruce aquellas regiones, aún deshabitadas en gran parte, pero dentro de las cuales se encuentran importantes poblaciones, ciudades aún que sólo cuentan algunos lustros de vida, puede apenas imaginar lo penoso de aquel viaje en la época en que lo hicieron Humboldt y Bonpland.

En una embarcación primitiva, movida tan sólo por fuerza humana, soportando casi a la intemperie, las plagas y el calor de los trópicos; oyendo el canto de los remeros, cuyos raros aires les llamaban a veces la atención, aún sin comprender las palabras de su extraño lenguaje, remontaban con lentitud desesperante la ancha corriente del gran río. A uno y otro lado, la selva virgen; en el horizonte el infinito mar que forman las copas de los árboles, confundido con el azul purísimo del cielo.

Ni una choza en la orilla, ni señal alguna de ser humano, en largas y largas horas de navegación, ni más señal de vida fuera de la balsa, que las bandadas de garzas atravesando el espacio e interrumpiendo con el ruido de su alas el silencio de aquellas soledades, o las tribus de cocodrilos o caimanes tendidas sobre las playas y que al ruido de la embarcación se arrojaban atemorizadas al agua.

En la tarde el crepúsculo era un incendio multicolor y el sol, como un inmenso acrolito de fuego, se apagaba sobre la selva. El

ruido del agua al frotar contra los flancos de la embarcación parecía hacer más sensible aquel silencio de la naturaleza virgen.

Dentro de aquellas selvas, tan silenciosas, palpita, sin embargo, la vida exuberante: en las seculares encinas, en el aroma de las frágiles herbáceas, en los bejucos trepadores que envuelven como en un erótico abrazo los robustos troncos. Se agita allí la flora diversa y abundante, cuyo bullir es cubierto por la misma inmensidad de la selva tupida, como oculta el océano el sitio mismo donde la vida revela sus primeras palpitaciones; como se ocultaba tras el silencio de aquel sosegado viaje, el agitado vaivén de las ideas en el cerebro de aquellos dos hombres que meditaban, contemplando aquel inmenso laboratorio de la naturaleza, donde su inquieta mentalidad podría encontrar filones inagotables de investigación.

La vida no puede ser quietud y se manifiesta en su más noble concepción, en el movimiento silencioso que avanza hacia la meta señalada por la inteligencia.

En este vivir monótono en apariencia y agitado en el fondo, pasaban los días y las semanas, hasta llegar después de más de mes y medio de navegación al pequeño puerto fluvial de Honda, donde era preciso tomar las cabalgaduras para emprender varias jornadas por caminos abruptos y pedregosos; bajando a la hondonada y trepando la cuesta; trepando sobre todo, hacia los altos picos de los Andes, bajo la inclemencia del sol tropical.

¿Qué sitio medio civilizado podría encontrarse más allá, cuando a medida que se avanzaba se iban quedando atrás las ya distantes ondulaciones de la lejana cultura occidental?

De repente, después de subir una larga cuesta, se presentó a sus pies la gran sabana, con sus amplias dehesas llenas de ganados y sementeras, salpicada de pequeñas aldeas y de grandes casas de campo pertenecientes a las haciendas de los señores de Bogotá; y allá, a lo lejos, al pie de los dos inmensos cerros gemelos, tendida la ciudad con sus edificios y sus torres.

En la población de Fontibón, a unos veinte kilómetros de Bogotá, se encontraba la carroza del Arzobispo, señor del Portillo, que había sido enviada para recibir a los viajeros y a un crecido número de jinetes que venían a escoltarlos.

"Nuestra llegada a Bogotá —dice Humboldt— constituyó una verdadera marcha triunfal, pues como se sabía que veníamos a visitar a Mutis, que es tenido en toda la ciudad con gran consideración y estima, en razón de sus muchos méritos, de su crédito ante la corte y de su avanzada edad, se trató de dar un cierto brillo a nuestra llegada y de honrar a ese hombre con nosotros mismos... El Visrey, no puede, según las fórmulas de la etiqueta, comer con nadie en la ciudad; pero se encontraba en su hacienda de Fucha y allí nos invitó".

Mas, no fue solamente el carácter de visitantes de Mutis, como modestamente lo anota Humboldt, lo que hizo de su llegada un acontecimiento trascendental en Bogotá: era el conocimiento que allí se tenía de los méritos de aquel hombre eminente y de su compañero Bonpland; que en aquella ciudad mediterránea y aislada en apariencia de todo contacto con los focos de la cultura contemporánea, se cultivaban ya las ciencias, la literatura y las artes, y se estaba al corriente del movimiento intelectual universal. Su fundador, el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada —que fue al mismo tiempo que un guerrero valiente, un docto jurista y un letrado—, pareció dejarle en herencia, más que su índole de conquistador y de guerrero, sus inclinaciones intelectuales y su espíritu civil por sobre todo; y lo curioso es que aquellas cualidades no quedaron localizadas a la capital sino que se extendieron a todo el país. Desde la época de la Colonia, Colombia entera se ha distinguido por su afición a las ciencias y a las letras y desde su advenimiento a la vida republicana, por su amor a las instituciones democráticas y su convicción de que el derecho es la más poderosa de las fuerzas humanas.

La llegada de Humboldt y de su compañero a Bogotá, fue un acontecimiento que hizo época en la vida de aquella colonia, y marcó, como dice un escritor contemporáneo, una excitación bulliciosa de interés por las ciencias físicas y naturales.

Después de unos días de contacto con aquella sociedad, donde se le atendió de todas las maneras que fue posible, se dio completa cuenta al sagaz investigador, de la existencia de aquella élite intelectual que le sorprendió tanto como el encuentro mismo de la ciudad en aquellas apartadas regiones.

En aquella época y en aquellos medios sociales, en que el cultivo intelectual de la mujer era nulo, pues en las más encumbradas esferas sociales se consideraba como una falta en ellas aprender a leer y a escribir, tuvo ocasión el barón de admirar en el círculo denominado El Buen Gusto (literario, científico y artístico), a damas como doña

Manuela Santamaría de Manrique, tanto más interesante para él como que se trataba de una consumada naturalista.

Lo que digo de la cultura de la mujer en aquella época, explica la pregunta del marido de doña Manuela, cuando en casa de ésta, contemplaba el barón los herbarios y la famosa biblioteca: "¿No es verdad señor, le dije, que mi mujer parece un varón?" y el barón reía y aceptaba complacido, adivinando más bien que comprendiendo aquella pregunta hecha en una lengua que todavía no le era completamente familiar.

Pero naturalmente, la mayor parte de su tiempo, lo pasaba el sabio alemán en compañía de los miembros de la llama Expedición Botánica, es decir, de Mutis y de sus colaboradores.

"Mutis —dice Humboldt en una de sus cartas— nos había hecho preparar una casa cerca a la suya, nos trató con excepcional deferencia. Es un eclesiástico viejo, venerable, de unos sesenta años y hombre rico".

"El Rey gasta en la expedición botánica diez mil pesos anuales (suma muy considerable en aquellos tiempos). Hace quince años que treinta pintores trabajan con Mutis, tienen de dos a tres mil dibujos en folio que son miniaturas. Exceptuando la de Banks en Londres, no he visto biblioteca botánica más grande que la de Mutis". Y en otro párrafo de la misma carta dice: "Estoy extremadamente feliz; mi salud es tan buena como nunca lo ha sido; mi valor es inquebrantable, mis planes se realizan y en todas partes a donde llevo, soy recibido de la manera más cordial. Me he habituado de tal manera al nuevo mundo que me rodea, a la vegetación tropical, al color del cielo, a los sitios de las constelaciones, a la vista de los indios, que Europa no parece a mi imaginación sino como un país que hubiese visto en mi infancia".

Púsose Humboldt en relación estrecha con cada uno de los miembros de la Expedición Botánica: con don Jorge Tadeo Lozano, hermano del Marqués de San Jorge y descendiente del Conquistador Antón de Olalla y quien dejó obras interesantes sobre zoología; con el presbítero Valenzuela, maestro de los hijos del Visrey y descubridor de la famosa turba silvestre; con don Francisco Antonio de Ulloa, autor de una obra sobre la influencia del clima en la formación de la personalidad del hombre en la Nueva Granada; con Zea por quien tuvo tal aprecio, que años después, en 1805, en una carta dirigida desde Roma, le cita a Bonpland, "entre los hombres que hay que elogiar perpetuamente, junto con el nombre de Mutis, el que Zea antes que el de Cavanilles".

De los pintores de la expedición hace especiales elogios en sus cartas, muy especialmente de Matiz, de quien dice que es el mejor pintor de plantas que haya conocido. Este tenía al lado de sus condiciones artísticas, una devoción particular por la ciencia, pues cuando se estudiaba la planta llamada *guano* como antídoto contra las mordeduras de las serpientes, se hizo morder por una de éstas y estuvo a punto de morir en medio de atroces dolores. Después cuando Humboldt estudiaba en colaboración con Mutis un género de plantas regionales, quiso aquel que se le diera el nombre de muticia, con lo cual quedó consagrado el nombre del célebre pintor.

He dejado para lo último el más interesante de todos por la amplitud de sus conocimientos, por lo extensa de la obra que especiales relaciones que con él mantuvieron Humboldt y Bonpland. Cuando murió Mutis, fue él quien le reemplazó como Director del Observatorio Astronómico. Midió casi todas las alturas del país, estudió y coleccionó más de seis mil plantas tropicales y fue el director del periódico llamado *Semanario de la Nueva Granada*, sobre el cual dice así el célebre escritor español D. Marcelino Menéndez Pelayo: "Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de todas las demás regiones americanas".

Fue Caldas el primero que habló del tesoro arqueológico de San Agustín "vestigios de una nación artística y laboriosa" cuya historia ha quedado oculta en el enigma de pasados siglos y cuyos monumentos fueron objeto de interesantes estudios, por parte del Profesor Preuss, Director del Völkermuseum de Berlín, quien escribió sobre esto una preciosa obra.

Dos meses no más permanecieron Humboldt y Bonpland en Santa Fe de Bogotá, pero en ese corto tiempo (sobre todo Humboldt, pues su compañero estuvo enfermo la mayor parte del tiempo) lograron realizar importantes estudios en sus excursiones a distintos lugares y en largas horas de conferencias que tenían con los sabios neogranadinos. El barón formó un verdadero museo de historia natural, con los objetos que le ofrecían sus amigos y admiradores. Guillermo, su hermano, en carta que dirige a Cuvier desde Roma, dice refiriéndose a las cartas de Alexander: "me habla de varios envíos que ha hecho al instituto, entre los cuales, ciento veinte dibujos de plantas in-folio que le ha regalado Mutis" y en la carta en que Alexan-

der remite sus colecciones de viaje al Museo de Historia Natural, menciona en primera línea, las muestras de quina y "los dibujos coloreados de plantas de Santa Fe". Al Rey Federico Guillermo III le envió como el objeto "más raro y más admirado, un pedazo de platino encontrado en la provincia colombiana del Chocó, que pesaba más de 16 onzas".

En el mes de septiembre del mismo año de su llegada (1801) salieron Humboldt y Bonpland de Bogotá con rumbo al Ecuador dejando en la ciudad gratas impresiones y valiosas enseñanzas. Salieron también gran número de acompañantes, entre los cuales estaban naturalmente, los miembros de la Expedición Botánica; uno de ellos, Caldas, les acompañó en sus ascensiones al Puracé y al Chimborazo.

Entre los estudios realizados por Humboldt en tierras de Colombia, merece citarse el referente a la planta llamada *curare*, con la que envenenan sus flechas algunas tribus de indios salvajes y que contiene un sustancia cuya acción particular sobre las terminaciones nerviosas, ha prestado un concurso inmenso en el estudio fisiológico del sistema nervioso periférico.

Por otra parte, don Joaquín Acosta, geógrafo neogranadino, de quien Humboldt hace un fervoroso elogio en su historia de la geografía del nuevo continente dedica una de sus obras al sabio alemán, "por cuanto a él —dice— le debemos los rudimentos de nuestra geografía".

Pasaron los años, mas no con ellos el recuerdo de los días inolvidables de que Humboldt y Bonpland, Mutis y su escuela, se pusieron en íntima relación, para honra y provecho de la ciencia; y mientras en América continuaba creciendo el aliento científico dado por los sabios europeos, éstos proseguían en París una labor de revisión que habría de durar veinte años para modelar en libros los estudios hechos en América. En el procedimiento seguido en esta empresa, no fue extraño el método de la Expedición Botánica, según se puede ver por la descripción que de éste hace Humboldt en sus cartas; y no rara vez se encontraban con datos recogidos al lado de los sabios neogranadinos. Por esto, al enviarle desde Roma Humboldt a Bonpland instrucciones para la publicación de sus obras, le dice: "El retrato del viejo Mutis, si usted lo encuentra bueno, yo lo colocaría en alguna parte de mi obra puesto que la fascícula le está ya dedicada". En efecto, el retrato de Mutis apareció en la portada de la obra *Plantas equinoxiales*, con esta dedicatoria al pie:

"A don José Celestino Mutis, Director Principal de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, astrónomo de Santa Fe de Bogotá, como débil muestra de admiración y reconocimiento. A. von Humboldt. — Aimé Bonpland".

Entre tanto el tiempo que parecía quedar estacionario para los sabios que proseguían su labor sosegada, minuciosa y constante, pasaba rápido en la Nueva Granada donde los acontecimientos se sucedían, y donde la *expedición botánica* tuvo que suspender sus labores, por la muerte de su Jefe, primero y luego por el estallido de la revolución de la independencia en 1810.

Los sabios cambiaron el estudio por la guerra, los libros por las armas y la toga por el uniforme. (Esto ha sucedido varias veces en Colombia). Caldas llegó a ser Director de Ingenieros y General de Brigada. Hecho prisionero por los realistas en 1816 y condenado a muerte por un consejo de guerra, quiso terminar en la cárcel una Geografía Botánica del Ecuador, con datos recogidos, muchos de ellos, durante su expedición en compañía de Humboldt y Bonpland, pero la sentencia no dio espera y hubo de entregar la vida antes de terminar la obra. Antes de salir hacia el cadalso escribió con un carbón una O larga, que cruzó por la mitad con una línea. Se consideró aquello como una frase jeroglífica de despedida que se interpretó así: "Oh larga y negra partida". Otros piensan que se trata simplemente, de una fórmula matemática que cruzó por el cerebro de aquel hombre en plena lucubración científica aún en el momento de la muerte.

Mas, a pesar de haberse agotado tan preciosas existencias y de haber paralizado la labor de la Expedición Botánica, debemos bendecir aquella hora trágica que produjo las consagraciones sublimes, de las cuales surgió una nueva patria. Que aún los momentos de suprema angustia deben ser bendecidos, cuando saben arrancar la manifestación inequívoca del amor.

El tiempo, que desvanece las pasiones y purifica el juicio de las ideas, ha dado en general a los movimientos de independencia americana la noble interpretación que les corresponde. En la capital de España se levanta hoy un monumento a Bolívar, el gran Libertador. Un célebre letrado español, don Marcelino Menéndez Pelayo, reclamó para Caldas un homenaje de desagravio, y en la Biblioteca Nacional

de Madrid, se puede ver ya una lápida grande en la que una matrona besa en la frente a un joven militar; debajo se lee esta inscripción: "Perpetuo desagravio de la Madre España a la memoria del inmortal neo-granadino Francisco José de Caldas".

Noble y hermoso brote que encierra toda una doctrina y revela toda la hidalga grandeza del alma española.

Porque la independencia de América no fue, señoras y señores, un primitivo brote de cólera ni una rebelión inconsciente. Fue el momento de transición natural en la evolución biológica de los organismos, que los lleva hacia la vida autónoma donde se encuentra la savia nueva, con la que habrán de contribuir al engrandecimiento de la especie.

España, al enaltecer a los héroes de la independencia americana, se engrandece pues así misma. Aquel movimiento no fue quizás sino la ondulación sistólica que el mismo corazón de la madre patria lanzó desde Bailén y Zaragoza.

Entre los precursores del movimiento de independencia en Colombia, estaba sin duda Mutis, neo-granadino nacido en la península y español de la Nueva Granada. Sus enseñanzas nutrieron los cerebros de los futuros próceres; su amor a la libertad incubó la semilla de la independencia y ampliando el horizonte de sus ideas, hizo germinar en ellos la idea de la nueva Patria autónoma. "La sola presencia en el Nuevo Reino de Granada de José Celestino Mutis —dice el colombiano Eusebio Robledo— bastaría para que España reclamara de nuestra parte y con justicia, gratitud y reconocimiento". Y en verdad que se la debemos.

No puedo menos de recordar, en estos momentos en que el régimen y las instituciones de España, en el vaivén histórico que los impulsa, pasan por un período de omnubilación conturbadora, la manera como un poeta de su propio suelo, moldeó estas ideas al dirigirse a la América en esta forma:

España te oprimió, mas no la culpes,
Porque cuando la bárbara conquista
Justa y humana fue? También clemente,
Te dio su sangre, su robusto idioma

Sus leyes y su Dios; te lo dio todo,
Menos la libertad, pues mal podría
Darte el único bien que no tenía.

He hecho hincapié en este fin heroico de la escuela de Mutis, para completar una analogía entre el espíritu de aquellos sabios y el de Humboldt. Este y Mutis, el maestro, fueron dos espíritus convergentes, si se principia la comparación por el aspecto filosófico: profundamente místico el uno y de ideas liberales el otro, lo cual no les quita a ambos un decidido amor por la libertad, desde el punto de vista puramente político. Pues ambos escribieron en este sentido. Después, no sólo se hermanan aquellas dos inteligencias en sus aficiones investigadoras por la biología, sino también por la geografía, la física, la geología, la astronomía. Ambos miraron hacia América, ambos eran escritores atildados, ambos poseían un temperamento artístico innegable, que así como en cada armero suele haber un tirador, en cada sabio que investiga en la naturaleza, hay con frecuencia un artista.

Humboldt y Mutis se destacaron en una labor un poco diferente de la que seguían los muchos naturalistas que en aquella época aparecieron. Brillaron por aquel tiempo, Cavanille, el gran Líneo y muchos otros. Fue como un momento de vanidad de la naturaleza que quiso dar de sí misma quien mostrara sus ocultas riquezas y sus encantos.

Para estudiar el criterio de Humboldt, en relación con nuestra independencia, habría que analizar su correspondencia con el Libertador, en la cual se ve cómo comprendió la obra de Bolívar, este sabio que mereció ser llamado "el segundo descubridor de América".

Pero la América no está completamente descubierta todavía; el velo que, por tantos años ocultó la mitad de nuestro planeta, como dice Humboldt, no se ha descorrido del todo, y ahora que la humanidad atraviesa este momento angustioso, que marca el límite de una gran etapa de la historia, el descubrimiento de aquel mundo, presenta aun más interés. En aquellas selvas milenarias, como en aquellos pueblos, que empiezan a mostrarse a la vida, hay un caudal incompletamente conocido y aun desconocido para los europeos.

Miremos hacia allá y esperemos.